MEMORIA ARQUEOLÓGICO-DESCRIPTIVA

DEL

ANFITEATRO DE ITÁLICA,

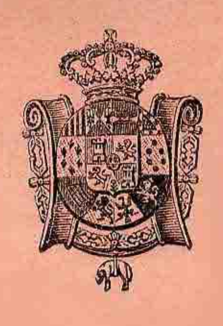
ACOMPAÑADA DEL PLANO Y RESTAURACION DEL MISMO EDIFICIO,

POR EL ARQUITECTO

DON DEMETRIO DE LOS RIOS,

INDIVIDUO CORRESPONDIENTE DE LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA, CATEDRÁTICO DE LA ESCUELA DE BELLAS ARTES DE SEVILLA, SÓCIO CORRESPONDIENTE DEL INSTITUTO ARQUEOLÓGICO DE ROMA, ETC.

PUBLÍCALA LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA.



MADRID:
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALLE DEL FACTOR, NÚM. 9.
1862.

ANFITEATRO DE ITÁLICA.

MEMORIA ARQUEOLÓGICO-DESCRIPTIVA

DEL

ANFITEATRO DE ITÁLICA,

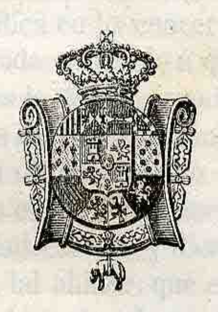
ACOMPAÑADA DEL PLANO Y RESTAURACION DEL MISMO EDIFICIO,

POR EL ARQUITECTO

DON DEMETRIO DE LOS RIOS,

INDIVIDUO CORRESPONDIENTE DE LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA, CATEDRÁTICO DE LA ESCUELA DE BELLAS ARTES DE SEVILLA, SÓCIO CORRESPONDIENTE DEL INSTITUTO ARQUEOLÓGICO DE ROMA, ETC.

PUBLÍCALA LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA.



MADRID:
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALLE DEL FACTOR, NÚM. 9.
1862.

INTRODUCCION.

Durante el largo período que abraza desde los primeros albores del Renacimiento hasta la época de los Sachettis y Juvaras, los Florez y Llagunos, los Rodriguez y Villanuevas, los Jovellanos y Cean Bermudez, fijaron todos los sábios sus miradas en los restos de la civilizacion romana, apartándolas, tal vez con afectado desden, de la edad media, bien qué no todos estuvieran animados del mismo espíritu de exclusivismo. Pudo este producir algunos beneficios al arte romano, pues que se hicieron entonces notables viajes y curiosas excavaciones, ilustrándose bajo varios conceptos la historia artística y política en lo concerniente al período hispano-romano; mas fué sin duda obstáculo á que echase profundas raices en el campo de las artes la desapasionada crítica, causando no poco daño á los monumentos de las edades media y moderna. Animados nuestros mayores en el último siglo de excesivo amor á las cosas romanas, negáronse en efecto á reconocer belleza alguna fuera de la emanada de la Ciudad Eterna, y diéronse al estudio de los restos del arte clásico con tal ahinco, que emulando ó intentando acaso aventajar á los Morales y los Caros en su admiracion hácia el mundo antiguo, dieron cima al último renacimiento greco-romano, que llevado al colmo de la exageracion por las medianias, desacreditó al cabo semejante exclusivismo, como abuso del principio de autoridad y muerte al propio tiempo del verdadero arte. Debieron producir, como consecuencia legítima, todos estos hechos el libre exámen, que reconociendo por base más fundamentales principios

en las leyes de la estética, ciencia que á la sazon se formulaba, traia al cabo á las esferas de la crítica nueva y más brillante luz, para esclarecer la historia de las edades pasadas.

Pero este fenómeno de la historia del arte se opera asimismo respecto de la historia política; fenómeno intelectual, que conviene examinar con algun detenimiento bajo el doble aspecto de la *historia* y del *arte*. La historia política ha ensanchado en efecto prodigiosamente sus variadas órbitas, pues lo que antes podia distinguirse como un bello relato literario de hazañas ó grandes catástrofes, obra exclusiva del ingenio y del arte, es ya un exámen detenido y profundo de cuantos intereses afectan la vida material, moral é intelectual del hombre, procurando revelar todos los arcanos relativos á su religion, á su moral y á su filosofia, y no olvidando su derecho, su economia, sus artes, sus ciencias, su industria, sus usos, trajes y costumbres, con todos los pormenores que pueden contribuir á presentarle tal como fué y es en todas sus manifestaciones y trasformaciones. Y es lo notable, que á medida que se añaden nuevos elementos y detalles á la historia, ensanchándola y ennobleciéndola, más se quilata, más se depura y resplandece con el brillo de la verdad, subiendo de mero ramo de amena literatura, que antes se la suponia, á la noble categoria de ciencia trascendental, acaso la más difícil que en los tiempos modernos se cultiva, si bien la más rica en opimos frutos, ya que no la más exacta en sus demostraciones. Porque justo es reconocerlo: la inmensa copia de datos que se traen á tela de juicio, no perdonándose diligencia para combinarlos y ponerlos en relacion, á fin de ilustrar los hechos, los confirma de nuevo ó despoja de la aureola de verdad con que antes falsamente resplandecian, no mereciendo ya título de auténticos, sino cuando han triunfado del riguroso exámen de la crítica, comprobados con todo linaje de documentos. Un libro formado de tal suerte, puede en efecto llamarse ciencia, y ciencia de la verdad, tal como es dado á los hombres poseerla.

Este libro, que ya no habla á la imaginacion con el exclusivo objeto de recrearla, ni está escrito con la hiel de las pasiones, ni con el falso brillo de la lisonja: la historia á tal altura se dirige al convencimiento y á la razon, guiada por la razon misma; y ahora interesa más que nunca, porque no es ya simplemente la historia de los reyes, sino la historia de los pueblos, la historia del hombre. Recrea más, porque aparece ornada de más variados arreos

y preciosas galas: aprovecha más y es más útil, porque de ella se sacan egemplos saludables para lo porvenir y se deducen principios que sirven de fundamento á otras ciencias, basadas sobre hechos consignados en el campo de la práctica. La historia, en suma, ha conseguido en nuestros dias su unidad y variedad, ligadas por la más admirable armonia: ha adquirido mayor belleza y exactitud, y mayor ensanche é interés.

Veamos lo que sucede con el arte. Desde el siglo XVI parece que el espíritu humano se mueve en sentido inverso á la ley universal del progreso, que sin cesar lo impulsa; pues en vez de seguir la senda abierta por el arte cristiano, en pos de más puras y felices manifestaciones, obstínase en retroceder á lo antiguo, en fuerza de reiteradas reacciones, que tienden á reanudar la cadena rota por las grandes ideas y los trascendentales sucesos que vencieron al genio del gentilismo; y es tal el empeño, ya que no digamos aberracion, que á fines del último siglo y principios del actual, más bien que esa pretendida reanudacion, se obtuvieron exagerados remedos de un arte del todo convencional y puramente derivado. Mas este empeño, por remontarse cada vez más á las fuentes del clasicismo greco-romano, sólo ha sido una evolucion que ha producido al cabo, así en el arte como en la historia, el libre y razonado exámen, con sujecion á ideas verdaderamente fecundas, y á la luz del método señalado por la crítica. Merced á este estudio se ha desvanecido todo principio absoluto de exclusiva autoridad en el arte, apreciándose la belleza, lo mismo en los templos cavados en piedra de Elora y de Elefanta, que en los del Egipto y en las pagodas del Indostan, lo mismo en los del arte de los griegos, etruscos y romanos, que en los del estilo latino, bizanto ú ojival de los monumentos cristianos; lo mismo en el Oriente que en el Occidente, en lo antiguo que en lo moderno, en el gentilismo que en el cristianismo; pues todos los pueblos, todas las épocas, todas las razas, todas las religiones producen en la esfera del arte manifestaciones especiales y genuinas, dignas siempre de la contemplacion del sábio. Apartados los ojos de los restos romanos, para volverlos á todos los monumentos del mundo, ha sucedido con el arte ó con su historia lo mismo que con la historia política y social; esto es, que la crítica le ha ministrado, al par que mayor ensanche, mayor exactitud en sus apreciaciones y trascendentales juicios.

Del mayor ensanche de la historia política ha resultado, demás

de la luz con que se han iluminado multitud de sus arcanos, la creacion de otras ciencias históricas auxiliares, como son la epigrafia, la paleografia, la numismática y la indumentaria, con otras de no menos precio, y que tanto resplandecen por sí solas, como estimadas son por los servicios que prestan á la historia. Del mayor ensanche en la de las bellas artes, sobre lo mucho nuevo que por esta causa se ha investigado y aprendido, es la arqueologia monumental, la más legítima consecuencia de este feliz desarrollo; interesantísima ciencia, no tan sólo considerada en sí misma, sino por lo mucho que ilustra al arte y á la historia, debiendo tambien la estética y teoria del arte sus fundamentos más seguros á la evolucion operada en la historia del mismo, sin la cual jamás podrá dar un paso la primera, viéndose expuesta á caer en los errores de un idealismo infecundo.

De la mayor exactitud en la historia política ha resultado su mayor utilidad é interés, elevando á la categoria de verdad probada, lo que antes era mera tradicion, relato quizá de fábulas, ó narracion de hechos no confirmados. De la mayor exactitud de la historia del arte resulta tambien otro fenómeno que parece dudoso á primera vista, á saber: que no sólo hemos llegado á punto de apreciar con claridad los monumentos de las más apartadas regiones y de épocas por demás oscuras, sino que ese mismo arte romano, exclusivamente imitado aunque no con gran fortuna por nuestros padres y abuelos, con olvido casi absoluto de los demás; ese mismo arte, enseñado con tanta autoridad, así en las márgenes del Wolga como en orillas del Sena ó del Támesis; ese arte tan encomiado, á cuyo único restablecimiento y posesion se dirigieron todos los esfuerzos de tres siglos, y en beneficio del cual se consumaron tantas y tales reacciones, evocando siempre lo pasado; ese arte en cuyas aras se sacrificó el arte de todos los siglos, de todos los pueblos, de todas las religiones y hasta el purísimo del cristianismo; ese arte pues es ahora, merced á los adelantos de la crítica, más conocido en su esencia, más apreciado en todas sus relaciones, mejor interpretado en sus proporciones, mejor definido segun su orígen y desarrollo, y aun mejor reproducido en el terreno de la práctica cuando esto se pretende, que conocido, interpretado é imitado fué por los exclusivistas modernos tan ciegos y apasionados respecto del mundo romano.

Vanidad de la presente generacion pareceria este aserto, si no

fuese ya un hecho demostrado que sólo ha podido lograrse este resultado á la luz de la crítica y del mayor ensanche y exactitud que han alcanzado en la edad presente la historia política y la historia del arte; y aunque seria fácil empresa ensayar una demostracion práctica, trayendo ejemplos de dentro y fuera de España, creeria fatigar la ilustrada atencion de la Academia y aun ofender su alto criterio, si me empeñase en aducirlos. Conveniente juzgo sin embargo citar uno sólo de los últimos, como el que más directamente conduce á nuestro actual propósito. Sabe en efecto la distinguida Corporacion, á quien tengo la honra de dirigirme, que muchos eruditos y amantes de las cosas romanas, á los cuales no es lícito negar ilustracion y talento, han escrito de las ruinas de Itálica, como de una de las poblaciones más importantes del imperio hispano-romano.

Nada ó muy poco puede exigirse á los estudios hechos respecto de esta antigua ciudad en lo tocante á epigrafía y numismática, si bien no fueron conocidos hasta los últimos tiempos muy preciosos ejemplares correspondientes á una y otra ciencia; pero es deber nuestro el ser tan sinceros y verídicos como pide el interés de la historia en punto á la arqueologia monumental, pareciéndome justo observar aquí, que exceptuado el mosáico descrito por Laborde, poco ó nada realmente digno de respeto se ha publicado en esta materia, no habiéndose estudiado jamás con el detenimiento debido los edificios de aquella ciudad, tan celebrada por el génio poético de los vates sevillanos. Ideas del todo equivocadas sobre el conjunto y perímetro de la ciudad [1], tal cual vaga y confusa descripcion de las termas y palacios [2], incompletos apuntes sobre acueductos ú otras construcciones más ó menos interesantes, pero siempre inciertamente definidas, hé aquí cuanto hasta ahora se ha dado á luz sobre Itálica, habiéndose todos esmerado, mas con escasa dicha, en la descripcion del Anfiteatro, considerado como el más suntuoso monumento que nos resta de la célebre cu-

1 En la última nota adicional se dará cuenta de los importantes descubrimientos, hechos sobre esta materia mientras se disponia para salir á luz esta Memoria.

2 Despues de remitida la descripcion del Anfiteatro Italicense á la Real Academia de la Historia, he dirigido una memoria al Instituto Arqueológico de Roma, sobre el edificio llamado en Itálica vulgarmente los *Palacios*: el extracto de esta memoria se ha dado á luz con el título de *Terme d'Italica*, y acompañado de sus correspondientes diseños, en los *Anales* del expresado Instituto, tomo perteneciente á 1861, pág. 375 y siguientes.

na de los Césares. Cierto es, y me apresuro á manifestarlo así, que respecto del último, me han auxiliado poderosamente los recientes descubrimientos, para intentar su descripcion con fundamentos más seguros; pero no es menos digno de tenerse en cuenta que las excavaciones practicadas en tiempo de Florez, hallándose el edificio más entero, pudieron poner en claro lo que con menos datos está ya para nosotros fuera de duda, y obtendrán sin duda los hombres entendidos que visiten aquellas ruinas con un simple reconocimiento.

Siendo pues el objeto de esta *Memoria* la descripcion y estudio del referido *Anfiteatro*, y viéndome forzado á separarme grandemente de todo cuanto nuestros respetables anticuarios han escrito una y otra vez sobre el mismo, prudente me ha parecido señalar los adelantamientos de la crítica, así respecto de la historia política, como de la historia del arte, para que á estos progresos y no á mi pobre ingenio se atribuya exclusivamente la mayor facilidad y acierto en ver cosas que otros más ilustrados y doctos no han sospechado, esquivando así con noble sinceridad la nota de inmodestia que podria recaer sobre mí, al impugnar y destruir acaso lo asentado por autoridades muy respetables en la historia y en la arqueologia. Hecha esta manifestacion, tan sencilla como ingénua y verídica, que podrá servirme como de escudo y salvaguardia, así para este como para cuantos trabajos de igual naturaleza pueda ofrecer en lo sucesivo á esta Real Academia de la Historia, paréceme ya conveniente entrar en el verdadero asunto de la presente *Memoria*.

ANFITEATRO DE ITÁLICA.

I.

Antecedentes arqueológicos.

Dedicado há muchos años al estudio de los monumentos y ruinas de Itálica en la forma, de que tiene ya conocimiento la ilustre Real Academia á quien ahora me dirijo, acepté con satisfaccion, si bien con el temor de no corresponder cumplidamente á sus deseos y á la espectativa de los hombres doctos, el nombramiento de director de las excavaciones, que la Comision de Monumentos históricos y artísticos de Sevilla se sirvió confiarme. Hecho cargo de la direccion expresada, juzgué de mi deber, para que fuesen verdaderamente útiles las tareas que se proyectaban, el aconsejar á la Comision que destinase la suma concedida en el presupuesto de la provincia á la investigacion del Anfiteatro, por parecerme preferible un estudio positivo á vagas exploraciones, sometidas al acaso, y por lo tanto de dudosos ó estériles resultados. Movíame tambien á proponer este ensayo, demás de la importancia del monumento, la certidumbre alcanzada en virtud de anteriores estudios, de que bajo el cuerpo de edificio de antiguo conocido y celebrado por la musa de Caro y de Rioja, existia otro, completamente cubierto por las tierras movedizas, arrastradas sobre la masa de construcciones por las vertientes de las próximas colinas; y esta conviccion moral, que pudo un dia parecer hipotética, se habia ya trocado en entera evidencia, merced al reconocimiento practicado con igual

fin por algunos individuos de la diputacion arqueológica de esta provincia hácia el S. E. del edificio [1].

Adoptado el plan que habia concebido con aquel propósito, dí pues principio á las excavaciones, y partiendo del punto S. E. indicado á la mitad Sur de la *cavea* inferior, mandé limpiar primeramente las cuatro gradas superiores de ella hasta la altura del terreno levantado sobre la *arena*. Llevando despues á todo lo largo un corte de 2.^{m}—29 de profundidad y 4.^{m}—33 de latitud hasta encontrar la cabeza del *podio*, se descubrió en la mitad del tajo un hermoso departamento, que hice limpiar con esmero, así como otras dos bóvedas laterales y gran parte de una de las de entrada. Alentado por el éxito que empezaba en tal manera á coronar mis esperanzas, dispuse que se profundizara todo alrededor de la línea de excavaciones hasta tocar en la verdadera *arena* del *Anfiteatro*, logrando al cabo formar cabal juicio respecto de su mitad Sur, única que por entonces me habia propuesto explorar [2], y bastante para discernir con acierto de la otra mitad oculta á las miradas del inteligente. Mientras los mencionados trabajos se verificaban en el *visorio* ó parte interior del edificio, practicábanse en la exterior reconocimientos útiles por extremo, descubriéndose más de 40.^{m} de la línea de fachada, y en ella una escalera de difícil acceso, abierta en el grueso del muro, que aparecia por desgracia harto deteriorado, por haber sido despojado en otro tiempo de los sillares que primitivamente lo revestian. Temeroso de que tan precioso dato para el estudio que estaba realizando desapareciera, hice cubrir de nuevo la escalera referida, no sin esperanza de hallar en puntos diferentes otras mejor conservadas, prosiguiendo en consecuencia la ya fructuosa exploracion, á fin de completar el estudio del *Anfiteatro*. Fué al propio tiempo uno de mis mayores cuidados levantar con todo esmero el plano del edificio, tal como

1 Recuerdo aquí con placer que era entonces, como ahora, director de esta sociedad el individuo correspondiente de la Real Academia de la Historia, don Juan José Bueno, y secretario de la misma don Antonio Ariza, amantes ambos de las antigüedades y de las artes.

2 Tal era mi propósito el año pasado, en que se empezaron las excavaciones y cuando trazaba esta Memoria; pero realizadas durante el de 1861 y en el presente nuevas excavaciones en la parte norte del Anfiteatro, daré cuenta de sus resultados en el último de los Apéndices.

este existia, con el propósito de restaurar el monumento en la forma que adelante se manifiesta.

Destruida la parte superior y soterrada la inferior de 4 á 6.m de profundidad, mal podrian juzgar nuestros doctos anticuarios de la magnitud é importancia de un edificio, que por estas circunstancias se ha dado á conocer con poca exactitud, rebajándolo á tal punto, que comparado con los demás anfiteatros debidos al arte romano, más bien parece un remedo bárbaro que una obra digna de figurar, y no sin ventajas, entre las mejores que erigieron las más celebradas colonias y municipios.

La idea que respecto de Itálica se concibe, al examinar los estudios hechos hasta ahora sobre su *Anfiteatro*, es sumamente desfavorable á la patria de un Trajano, cuya munificencia erigió tantos monumentos en las más apartadas regiones del Imperio, y en modo alguno recuerda que *allí rodaron las cunas de oro y de marfil* de tantos Augustos. Un Anfiteatro así considerado, no merecia en verdad que Justo Lipsio lo mencionara con tanto elogio, cuando por las descripciones y diseños de sus caprichosas restauraciones resultaba ser el último y el más despreciable de todos los monumentos de su clase (II).

Visitólo, como es sabido, en 1711 el dean de Alicante don Manuel Martí, acompañado del arcediano de Niebla don Francisco Lelio y Levante y del renombrado pintor don Lúcas Valdés, quien á fuer de buen dibujante, diseñó el edificio. Sobre este escribió Martí una sentida carta al marqués de Maffei, doliéndose de que para *construir un muro contra el furor del Guadalquivir, que amenazaba entrar en Sevilla*, se mandase demoler el Anfiteatro de Itálica, que *permanecia en su mayor integridad y hermosura*. El dean no hallaba términos para condenar aquel decreto, manifestando que lanzado contra el Anfiteatro, *al punto se le acometió con picos, barrenos y pólvora*, si bien resistiéndose la solidez del edificio á semejante profanacion, continuaba en sus tiempos con mayor ahinco la obra de la destruccion y de la barbarie.

Escribió tambien el expresado Martí á Mr. Montfaucon, remitiéndole los dibujos que Valdés habia sacado del *Anfiteatro*; y aquel sabio francés los incluyó, sin más antecedentes, en su obra de la *Antiquité expliquée et représentée en figures* [1], declarando que se los

1 Tomo II, parte II.ª, pág. 212, Pl. CLII, P.º IV.

habia enviado el dean, persona *muy hábil en la antigüedad y en las bellas letras*. «Acompaño, dice, á la planta del Anfiteatro su perfil [1], tal como existe hoy, esto es, todo destrozado y arruinado casi hasta sus cimientos. Como este perfil, continúa, no tiene más que macizos informes, seria inútil grabarlo: nos contentaremos con representar la planta. Este Anfiteatro se conservaba en su interior hasta estos últimos tiempos; pero los magistrados de Sevilla, viendo amenazada la ciudad por las inundaciones del rio, ordenaron que se arruinara para servirse de sus materiales, con el objeto de construir un muro de defensa contra las avenidas del rio. El Anfiteatro se destruyó, y ya no resta más que lo que ha podido salvar la dificultad de su demolicion. Dicho Anfiteatro conviene con el de Nimes en que el *podio*, que es la primera elevacion sobre la *arena*, era muy ancho: este era como hemos notado, el sitio de los senadores y de los magistrados. Las puertas que corresponden al *podio (podium)*, son en uno y otro anchas y altas: por ellas llegaban probablemente los senadores y magistrados á sus puestos. Podian servir asimismo á los caballeros que ocupaban las primeras gradas y los primeros asientos en el *podio*. Las escaleras del Anfiteatro de Itálica bajaban desde lo más alto de los asientos de la galeria superior hasta el *podio*.»

Encierra esta ligera noticia del escritor francés la misma queja que Martí exhala contra los magistrados de Sevilla en su carta á Maffei; y prescindiendo de si los senadores y caballeros se sentaban ó no en el *podio* y gradas inferiores de un anfiteatro de provincia, como el de Itálica, son en verdad lamentables los errores que comete Montfaucon, al aseverar con Martí que el *podio* era muy ancho y que las puertas que daban á él tambien lo eran. Ni Martí que ilustró á Montfaucon, ni este, ni aun el eruditísimo Florez, que más adelante visitó el Anfiteatro, pudieron ver ni examinar lo que ahora se ha descubierto, por lo cual llegaba el último á suponer que el *podio* tenia de 9 á 12 piés de ancho, y que no existia *precincion*, con otros errores de medidas y construccion grandemente notables.

No se fió por completo el Padre Mro. de lo publicado poco an-

1 El perfil de que habla Montfaucon, debe ser algun corte, bien longitudinal ó trasversal del Anfiteatro; pues en su lámina aparece un perfil, á la verdad bien distante de lo cierto.

tes por Montfaucon, sino que asesorado de antemano por el ilustrado conde del Águila, pasó á las ruinas de Itálica, acompañado del arquitecto de la ciudad, don Pedro Martin y Lara, único que, como más perito en la materia, vió ya algo de cierto. Tomó dicho profesor las medidas, de que se precia Florez y que echa de menos en Montfaucon, y en vez de secciones geométricas sacó don Juan de Espinar vistas perspectivas de la parte Oeste y Norte del edificio. Con esto, con la descripcion aunque incompleta de la gran *cámara*, entonces descubierta y ahora de nuevo desenterrada, y con haber contado por sí mismo *quince* gradas, creyó Florez haber hecho lo bastante; y en efecto adelantó no poco sobre Montfaucon en la monografía del *Anfiteatro*.

Publicó tambien la planta y un corte del mismo en su *España Sagrada* [1]; pero justo es observar, reconocido el buen deseo del ilustre agustino, que se limitó el dibujante á reproducir por medio de un calco el diseño publicado por Montfaucon, aumentando sólo el número de gradas desde veinticinco que trae la planta del autor francés, hasta treinta y dos que aparecen en el grabado de la *España Sagrada*. Alteró tambien Florez el ancho de lo que suponen uno y otro el *podio*, y agregó la planta de la cámara ó bóveda descubierta por el arquitecto de la ciudad, al extremo Sur del eje menor de la elipse.

Prescindiendo de que no dieron noticia alguna de la construccion interior del edificio, quedando en consecuencia desconocida esta por completo, no es lícito pasar adelante sin advertir que ninguno de los mencionados autores sospechó en el *Anfiteatro* de Itálica la existencia de las *precinciones*, llegando hasta el punto de negarla del todo. Pero con sólo fijar la vista en la parte siempre descubierta, se hubiera comprendido que á pesar del largo siglo, en que la mano del hombre no ha dejado de combatir aquella robusta fábrica un solo dia, y en que las aguas han ido depositando sucesivamente sobre el *Anfiteatro* las tierras arrastradas de las inmediatas colinas, no se ha podido borrar la *precincion* en la parte del Norte, dando clara idea de que si allí imprimió cierto carácter á la construccion, lo mismo debió suceder en todo el edificio. Verdad es que como en esta *precincion*, que separaba el cuerpo inferior del segundo, habian colocado el *podio*, jamás hubieran acerta-

1 Tomo XII, tratado 38.

do á tenerla por tal, por más que observasen la misma division en los cuerpos superiores. Ni se diga que faltaban en esto datos suficientes para formar entero juicio; pues si hoy, despues de tantos contratiempos como ha experimentado el *Anfiteatro*, existen claros vestigios y aun algunos de sus muros, bastando á servir de fundamento seguro al estudio, con más razon y más abundantes pruebas, pudo este formalizarse en la pasada centuria, no dejando duda de ningun género de la estructura arquitectónica del monumento que examinamos.

Y es tanto más digna de repararse la omision sufrida cuanto que confundida la primera *precincion* con el *podio*, fué causa de atribuir á este todo el grueso de la *ima cavea*, ó cuerpo inferior de gradas, anchura desproporcionada por extremo, que debió llamar sériamente la atencion de los mencionados anticuarios; pues que si no dieron á la excavacion la conveniente profundidad, tal como se ha verificado ahora, consta, segun declaracion del Mro. Florez, que se acercaron por algun punto á cinco piés sobre la verdadera *arena*, bien que sin sospechar todavia que existiera, creyendo que aquellas construcciones eran subterráneas. Exaltada su imaginacion, como la de los poetas Caro y Rioja, empeñáronse en ver las fieras y los gladiadores sobre una *arena* de 4 á 6.^{m} más alta que la del *Anfiteatro*, sin calcular que las llamadas *leoneras* por el vulgo de los doctos, siendo subterráneas, estaban muy mal dispuestas para suponer que sus salidas diesen á la *arena*. El *Bosquejo* de Matute, reducido á un hacinamiento de retazos copiados de unos y otros, rectificando algunas medidas y calcando una de las perspectivas y el perfil de Montfaucon y de Florez, sólo ha contribuido á vulgarizar la idea enteramente errónea que se habia formado respecto del *Anfiteatro*, por la misma circunstancia de facilitar su reducido volúmen la adquisicion, andando en manos de cuantos visitan las ruinas de Itálica (III).

Los trabajos iniciados por Martí, publicados por Montfaucon, mejorados notablemente por Florez, y copiados por Matute, son pues del todo ineficaces, en vista de los últimos descubrimientos verificados bajo mi direccion, pudiendo decirse que ha sido evocada la verdad de entre las mismas entrañas de la tierra. El estudio completo del edificio ha venido á probar que no sólo desconocieron los referidos anticuarios cuanto ahora se ha excavado, de lo cual no podian ser culpables, sino que tal vez por la rapidez con

que visitaron y examinaron aquellas venerables reliquias, no acertaron á explicar lo que aparecia al aire libre, y entonces mucho mejor conservado, y por tanto más apto que en la actualidad para el estudio.

Respetando los trabajos de aquellos sabios en cuanto lo consiente el noble celo de la verdad, entremos pues en el exámen arqueológico y científico del Anfiteatro Italicense, ofreciendo, merced á las circunstancias ya referidas, un estudio enteramente nuevo, y tan completo como los datos hoy existentes nos permiten. Al verificarlo, no solamente me propongo rectificar las equivocadas descripciones que hasta ahora se han dado á luz, sino restituir tambien el Anfiteatro á su verdadera categoria entre los edificios de su especie, reconociendo en él la importancia y grandeza de la patria de los Trajanos y los Silios.

II.

Forma y dimensiones generales del edificio.—Su situacion y orientacion [1].

Es la planta general del Anfiteatro Italicense, así como la de todos los erigidos por el arte clásico, elíptica y no ovalada, segun vulgarmente se ha escrito. En su exterior, ó visto alrededor de su fachada, presentaba un muro cilíndrico de base elíptica, la cual, medida de fuera á fuera, ofrecia de eje mayor 156.^{m} 50 y 134.^{m} de eje menor. Su altura debe ser próximamente de 22.^{m}, inclusos todos los cuerpos y la coronacion del edificio.

Presentaba en general la cavidad interior, ocupada por los espectadores, la forma de un cono truncado de bases elípticas, y apoyado en la menor que es igual á la de la arena, y tiene 71.^{m}50 de eje mayor y 49.^{m} de eje menor. La base superior donde existia el *velabrum*, tiene 129.^{m} de eje mayor y 105.^{m} de eje menor, resultando en el plano superior del edificio, una azotea ó terraza anular de 13.^{m} 75, incluyendo los gruesos de los pretiles. Es evidente pues que una seccion normal á las elipses concéntricas de los diversos muros del Anfiteatro, producirá 42.^{m} 50 por su parte inferior, y los expresados 13.^{m} 75 por la superior.

Hállase el edificio, como todos los de su clase, situado al N. y extramuros de la antigua ciudad, y aparece orientado de modo que su eje menor vá de Norte á Sur y el mayor de Este á Oeste.

Veamos ahora cómo se confirman las medidas expuestas. Comenzando por resolver la elipse de la *arena*, hé logrado en efecto determinar el eje menor primeramente y despues el mayor. Fuéme posible fijar el menor con entera seguridad, porque pasa por

1 Véanse el corte y la planta.

dos *vomitorios*, uno al N. y otro al S. perfectamente centrados, y dá además á conocer la vuelta del *podio*: llegué á discernir con toda evidencia el eje mayor, dividiendo el menor en dos partes iguales por medio de una perpendicular, extendida á uno y otro lado hasta encontrar el muro del indicado *podio*. Restaba conocer la elipse foral, suponiéndola desde luego concéntrica á la de la arena; y para ello elegí dos diferentes puntos, á fin de que comparadas las medidas, me diesen el verdadero resultado y comprobante. Hallé en el uno, que es una de las avenidas del edificio, 41.^{m} 55 de medida total, si bien destruida no ha mucho parte de esta avenida ó entrada, no podia dudar que faltaba ya algo, aunque poco, para completar la verdadera base del corte ó macizo del *Anfiteatro* por su parte más baja. Midiendo grada por grada y los anchos de las bóvedas hasta la parte externa del muro foral, obtuve 43.^{m} 35, aunque no con toda seguridad; pues que siguiendo esta norma, es fácil incurrir en algun error, por exceso. Entre ambos extremos 41.^{m} 50 y 43.^{m} 35, hé calculado prudencialmente la longitud de 42.^{m} 50, que llevada alrededor de la elipse de la *arena*, determina la elipse del *muro foral*, en parte descubierto, como noté al principio de esta Memoria. Tales son las medidas fundamentales del edificio: las demás se han deducido de su disposicion y distribucion, segun oportunamente se advierte (IV).

III.

Cuerpos del Anfiteatro.

Constaba todo el edificio indubitadamente de tres cuerpos, á saber: el primero ó bajo, ahora nuevamente descubierto; el segundo, de todos conocido; y el tercero, cuya existencia se deduce, así de las grandes masas de construccion ha poco destruidas en la parte N. O. como de las que se contemplan aun al N. O. del *Anfiteatro*.

Es esta parte interesantísima y sin duda la que probablemente desaparecerá más pronto, por lo cual conviene no perder tiempo alguno en su determinacion y estudio. Consiste en los cuatro muros de silleria de un *cuneo* completo, los cuales tienen de largo de 12 á 18.^{m} y de ancho 2.^{m} 50, dejando entre sí tres calles de 2.^{m} 50. Elévanse los dos muros centrales sobre el segundo cuerpo del edificio, y existen hasta dos de sus hiladas de sillares. Basta una rápida ojeada para descubrirlos desde la parte S. al E. de *Anfiteatro*, ofreciendo clara idea de la extension é importancia del tercer cuerpo, y convenciéndonos de que se hallaba construido, no de madera, como en otros, sino de la misma fábrica que los cuerpos restantes. Continuando necesariamente los expresados muros hasta los cimientos, nos muestran asimismo la forma y construccion de los *cuneos*, respecto de todo el edificio, conforme en esto con los demás de su especie, á que tanto se aproxima [1].

Confirmada la disposicion de los *cuneos* y el rapartimiento en tres cuerpos de la altura total del Anfiteatro, conviene observar que los

1 Véase nuestra planta y compárese con la que tracn Montfaucon y Florez, y con la de todos los otros anfiteatros conocidos.

referidos cuerpos debieron aparecer indefectiblemente en la fachada, resultando de igual altura, segun se muestra en el estudio que realizamos. Ni es de menos rigor el admitir, dados aquellos indestructibles precedentes, las tres *caveas*, generalmente conocidas en todos los anfiteatros, ó lo que es lo mismo, la *cavea* total dividida en los tres referidos cuerpos. Efectúase esta division, comprendiendo el primer cuerpo entre el plano de la *arena* y el de la primera *precincion*, que separa el segundo del bajo y constituye la *ima cavea*; contando el segundo cuerpo desde la expresada *precincion* hasta la segunda, que lo distingue del cuerpo más alto, y abraza la *media cavea*; y empezando por último el tercer cuerpo ó *summa cavea* en la segunda *precincion* y terminando en el plano más elevado del edificio, ó donde suponemos la ya mencionada terraza (V).

IV.

Primer cuerpo.—Planta del mismo [1].

Notamos ya cuál era el ancho total de esta zona inferior ó planta baja del monumento. Distribúyese del modo siguiente:

Entrábase por diez avenidas principales, cinco á la extremidad E. y cinco á la O. (B. B. B.), paralelas casi al eje mayor del edificio [2]. Parte la he examinado y medido en el cuerpo bajo, y el mayor número de ellas en el central, donde aparecen, y cuyos muros bajan hasta los cimientos. Atraviesan todo el ancho del edificio y tienen 3.m 50 de anchura, presentando hermosas bóvedas de cañon seguido, sostenidas en gruesos pilares y muros, cuyo espesor, así como los demás detalles, pueden consultarse en la planta. Debieron verse situadas en las dos avenidas mayores del eje del edificio las puertas principales de la *arena*, entrándose probablemente por la del E., y retirando los cadáveres por la del O. ó *porta libitinensis*, cuando el pueblo decretaba, por medio de la señal convenida, la muerte del vencido.

Tenian tambien acceso por estas magníficas avenidas al Anfiteatro los escogidos del pueblo que ocupaban el *podio* y la *ima cavea*, segun se infiere con certeza por una de ellas que conduce á la *arena* y á una escalera aun existente, la cual sube á la expresada *cavea* y al *podio*. Háse descubierto al S. O. la correspondiente á

1 Véase en el plano.

2 Esta disposicion de avenidas es semejante á la del anfiteatro de Verona, que segun el arquitecto Desgondetz, son tambien diez, cinco á cada extremo del eje mayor de la arena.

esta avenida del S. E., y es de suponer por razon de analogia que existieron otras dos al N. O. y al N. E. con sus escaleras y *vomitorios*, resultando en consecuencia que para todo el Anfiteatro habia cuatro avenidas, cuatro escaleras y cuatro *vomitorios* en la *ima cavea* y del *podio*.

Debió entrar la muchedumbre por otras diez puertas, cinco al Norte y cinco al Sur (O. O. O.), las cuales daban ingreso á dos galerias anulares (N. N.), interrumpidas por las principales avenidas (B. B. B.), sirviendo para tomar las escaleras (M. M. M.) al segundo cuerpo. Aunque he hallado claros vestigios de las expresadas, me ha parecido bien representarlas entre los muros normales que forman los *cuneos*; porque tal es el lugar que ocupan en los anfiteatros. Conducian tambien las diez avenidas normales, ó próximamente normales (K. K. K.) á otra galeria anular (J. J.), la cual sostiene la superior, hoy existente en el cuerpo medio, y despues de esta se hallan otras (J. F. G.) que van convenientemente determinadas en la planta. Digno es de advertirse que en las bóvedas anulares más próximas á la *arena* y á las extremidades N. y S. del eje menor, es donde se han descubierto los mejores departamentos del edificio. Como se ha notado antes de ahora, son todos iguales; y limpiado por completo el del Sur (H.), háse podido observar con todo acierto que es su planta rectangular, midiendo 7.m 51 de largo por 3.m 75 de ancho. Tienen sus muros laterales 1.m 25 de espesor; y bájase á su pavimento desde el *podio*, por medio de dos escaleras de 1.m 20 de ancho, colocadas á uno y otro lado, con dos tramos cada una, el primero de nueve peldaños y de cuatro el segundo: el pavimento es de losas de piedra blanca de 0,25 de espesor. Segun su propia declaracion, el arquitecto San Martin y Lara bajó hasta la meseta inferior de los nueve escalones; pero no reconoció lo restante, volviendo á cubrirse este departamento (H) hasta su bóveda, la cual se alza á 5.m 50 del suelo. En el muro del fondo, cuyo espesor es de 2.m 14 hay un nicho de 2.m 50 de alto por 1.m de ancho, donde hubo de existir sobre su correspondiente pedestal una estátua. En la parte inferior de este nicho se practicó posteriormente (bien que no sea ya dable fijar la época) un grande agujero que dá paso cómodamente á una persona, sin duda para explorar la bóveda próxima y concéntrica á la elipse de la arena.

Por último, al frente de la indicada hornacina hay un arco que

dá paso á la bóveda anular más pequeña del Anfiteatro, y que permite la salida á la *arena* por una puerta practicada en el muro del podio. Dicha puerta, como su frontera, se hallan en el eje N. S. de la *arena*.

Algo conocido ya este departamento [1], cúmplenos sólo añadir que debió servir en nuestro concepto para descanso de los magistrados que presidian los juegos, y no para los gladiadores, como dijo el arquitecto San Martin; pues que la bóveda en cuestion comunica directamente con el sitio de preferencia en el *podio*, siendo más probable que los gladiadores se alojaran en los compartimentos restantes de la misma nave anular, en comunicacion con la arena y con el interior del edificio. Las fieras pudieron encerrarse en el resto de la bóveda del podio.

1 Véase el tomo XII, tratado 36 de la *España Sagrada*; el *Sumario de antigüedades romanas* de Cean Bermudez, pág. 283; Matute, pág. 40; un estimable MS. que posee el digno profesor de la universidad de Sevilla, don Jorge Diez, pág. 16, y otros autores.

V.

De la cavea inferior, del podio y de la arena.

Dividíase el cuerpo bajo del edificio, por lo que respecta á los espectadores, en el *podio* y la *prima cavea*, componiendo la altura de ambos la total del mismo cuerpo. Tenia el muro del podio la altura de 2.^{m} 30 [1], desde la *arena* hasta el plano, donde se acomodaban los espectadores de superior gerarquia, y el resto hasta 6.^{m} 80 que medía la altura total del cuerpo bajo, pertenecia á la primera *cavea*. El ancho del *podio*, tal como existe en su mayor parte, se ha reducido á 1.^{m} ó 1.^{m} 7; pero en dos puntos distintos ofrece afortunadamente todo su espesor, que es de 1.^{m} 30. Necesario es rebajar sin embargo de esta anchura el grueso de la verja ó baranda que se elevaba sobre el muro del *podio*, de cuya indudable existencia se hallan todavia claras señales, siéndola inequívoca un agujero cuadrado de 0,20 de lado, no menos que la huella de un pequeño zócalo construido todo alrededor, sobre el cual insistieron sin duda los hierros de la baranda. Puede sin dificultad deducirse, tomadas en cuenta estas indicaciones, que era dicho zócalo de piedra, añadiéndose que tenia de espesor 0,20 y de trecho en trecho ciertos pilares metidos en el muro por medio de agujeros como el descrito. Suponiendo que fuese la baranda de 1.^{m} 50 de altura, resultaba prudencialmente la total de 3.^{m} 8 á 4.^{m}, bastante sin duda para defender á los espectadores de cualquiera invasion de las fieras, que con más probabilidad se lanzaban al Anfiteatro (VI).

Supone la altura dada para el *podio* la determinacion de la *arena*,

1 2.^{m} poco más ó menos era tambien la altura del *podio* en el anfiteatro de Pompeya.

que juzgo haber reconocido por una capa de tierra algo distinta de la demás, y con mayor certeza por el pavimento de las cámaras interiores que tienen puerta á la expresada arena [1]. El número de las practicadas en el *podio*, dando salida á la misma, era en nuestro concepto el de doce: dos de estas se han descubierto por completo, y dos en parte, en la mitad excavada hasta ahora del *Anfiteatro*; y la razon que nos asiste para decir que son doce, es que dos correspondian seguramente al eje N. S., cinco al extremo E. y cinco al O., en comunicacion con las avenidas descritas. La del S., una del E. y dos del O. son las descubiertas, correspondiendo perfectamente al plan designado para el edificio.

Son las expresadas puertas de arco muy rebajado, y miden 1.^{m} 44 de latitud por 2.^{m} 30 de altura. Su uso estaba reservado á los gladiadores y á las fieras; aunque tambien podian salir por ellas á la *arena* los magistrados que presidian los juegos y los espectadores del *podio*; lo que tenia acaso lugar por las cuatro avenidas extremas N. E., N. O., S. E., S. O., y por las puertas N. y S.

Aparecian todas ellas cerradas con gruesas rejas movibles, segun muestran los vestigios que aun existen en la primera que se ha encontrado.

Habia en el muro, demás de las doce puertas enunciadas del *podio*, veinte ventanas ó rompimientos sumamente estrechos; pues los diez de la mitad de *Anfiteatro* explorada tienen 0,33 de ancho por 1.^{m} 28 de altura, guardando entre sí la distancia media de 4.^{m} Servian estos rompimientos para dar luz y ventilacion á la bóveda que corre alrededor del *podio*, y para amarrar las cuerdas de la vela (velum), segun apuntaremos más adelante.

Hasta aquí del *podio*: veamos la primera *cavea*.

Ya queda dicho que se salia á ella por cuatro *vomitorios* pequeños, y nunca por los anchos y altos del segundo cuerpo, como equivo-

1 Esta parte del anfiteatro es de sumo interés. Algunos estaban preparados para Neumaquias, y tenian una capa de hormigon sobre la arena: otros, como el de Arlés, tenian dos suelos, uno inferior para cuando se combatian las fieras, y otro artificiosamente preparado para los gladiadores. Las desgracias acaecidas por haberse lanzado algunas fieras sobre los espectadores, obligaron á poner la alta verja del podio ó á circundarlo con un foso lleno de agua.

Pero donde convendria explorar seria hácia el medio de la arena, á fin de reconocer si habia construcciones subterráneas, como en el Coliseo, para las *venationes* y grandes espectáculos. Nada tendria esto de extraño en el Anfiteatro Italicense, una vez reconocida su magnitud y riqueza.

cadamente se ha creido hasta ahora. En efecto: la anchura de dichos cuatro vomitorios no pasa de 1.m 10 por 2.m 20 de altura, hallándose el del S. O. perfectamente conservado, y gran parte de la bóveda interior, con los últimos escalones que suben á la *cavea*. Compónese esta de un escalon, seis gradas y dos precinciones, en esta forma: despues del *podio*, un escalon de 0,30 de peralte y huella para poner los piés los espectadores de la última grada; dos de estas de 0,45 de alto por 70 de ancho; una precincion de la misma altura de las gradas y 1.m 45 de anchura; cuatro gradas de 0,45 de alto por 70 de ancho, y la precincion principal, ó especie de grada más ancha, y destinada al paso de los concurrentes. Esta precincion divide á la *prima* de la *media cavea*, y tiene de alto 0,45 por 1.m 28 de anchura.

Sentados los espectadores de la *prima cavea* en la primera grada superior, daban la espalda á la *precincion*, dejándola libre en toda su anchura para comodidad del pueblo, y ponian los piés en la segunda grada, donde se sentaban desahogadamente otros espectadores, haciendo lo mismo con la tercera, y así sucesivamente hasta colocar los últimos el pié en el escalon, que como no habia de admitir más gente, no tenia más ancho que el necesario para una huella, á fin de que no pisasen el *podio*, sitio de preferencia donde se sentaban los asistentes en silla y sin molestia alguna.

Mas no era este órden general para todo el Anfiteatro: en gran parte de él sólo habia una grada y el escalon de los piés, entre el *podio* y la precincion más baja, interrumpiéndose á cada trecho el órden establecido por gradas más altas que las demás, bien por necesidad de la construccion, ó acaso porque así lo exigian las diversas categorias de espectadores.

Hállanse los dos principales grupos de estas gradas superiores en los extremos N. y S. de la *cavea*. Son de 10.m de largo, y resultan sus asientos, aunque de igual altura, superiores á los demás; porque ensanchada la precincion principal 0,45, van formándose las gradas sin interrupcion y en número de ocho hasta el escalon ó poyo inferior, desapareciendo por consiguiente la precincion media entre el *podio* y la principal, que separa las dos primeras *caveas*.

Además de estos dos grupos, donde aparecen los tragaluces ó claraboyas de las cámaras (H) ya descritas, habia hasta diez y seis, ocho en cada lado, resultando veinte para todo el edificio. Guar-

cadamente se ha creido hasta ahora. En efecto: la anchura de dichos cuatro vomitorios no pasa de 1.m 10 por 2.m 20 de altura, hallándose el del S. O. perfectamente conservado, y gran parte de la bóveda interior, con los últimos escalones que suben á la *cavea*. Compónese esta de un escalon, seis gradas y dos precinciones, en esta forma: despues del *podio*, un escalon de 0,30 de peralte y huella para poner los piés los espectadores de la última grada; dos de estas de 0,45 de alto por 70 de ancho; una precincion de la misma altura de las gradas y 1.m 45 de anchura; cuatro gradas de 0,45 de alto por 70 de ancho, y la precincion principal, ó especie de grada más ancha, y destinada al paso de los concurrentes. Esta precincion divide á la *prima* de la *media cavea*, y tiene de alto 0,45 por 1.m 28 de anchura.

Sentados los espectadores de la *prima cavea* en la primera grada superior, daban la espalda á la *precincion*, dejándola libre en toda su anchura para comodidad del pueblo, y ponian los piés en la segunda grada, donde se sentaban desahogadamente otros espectadores, haciendo lo mismo con la tercera, y así sucesivamente hasta colocar los últimos el pié en el escalon, que como no habia de admitir más gente, no tenia más ancho que el necesario para una huella, á fin de que no pisasen el *podio*, sitio de preferencia donde se sentaban los asistentes en silla y sin molestia alguna.

Mas no era este órden general para todo el Anfiteatro: en gran parte de él sólo habia una grada y el escalon de los piés, entre el *podio* y la precincion más baja, interrumpiéndose á cada trecho el órden establecido por gradas más altas que las demás, bien por necesidad de la construccion, ó acaso porque así lo exigian las diversas categorias de espectadores.

Hállanse los dos principales grupos de estas gradas superiores en los extremos N. y S. de la *cavea*. Son de 10.m de largo, y resultan sus asientos, aunque de igual altura, superiores á los demás; porque ensanchada la precincion principal 0,45, van formándose las gradas sin interrupcion y en número de ocho hasta el escalon ó poyo inferior, desapareciendo por consiguiente la precincion media entre el *podio* y la principal, que separa las dos primeras *caveas*.

Además de estos dos grupos, donde aparecen los tragaluces ó claraboyas de las cámaras (H) ya descritas, habia hasta diez y seis, ocho en cada lado, resultando veinte para todo el edificio. Guar-

dan el mismo órden que los dos grandes, y su colocacion es: los dos grandes al N. S., cuatro sobre los cuatro vomitorios, cuatro sobre otras tantas bóvedas destinadas á escaleras, que comunican con la anular inferior y más pequeña, y los otros diez interpolados entre estos grupos.

Una de las cosas que más llaman la atencion en la *prima cavea* son estas bóvedas, que al comenzar el presente estudio juzgué destinadas á los *designatores*, ó acomodadores del Anfiteatro, como diriamos ahora; pero excavaciones posteriores han puesto en claro que si bien pudieron tener allí lugar propio semejante clase de dependientes públicos, si en realidad existian, no pueden estas bóvedas ser consideradas sino como cubierta de unas escaleras, las cuales, como acabamos de indicar, ponian en comunicacion la *ima cavea* con la bóveda del *podio*, dando fácil salida á la *arena* y á las grandes avenidas del Anfiteatro. Persuádenos este descubrimiento de que á las cuatro salidas de la *cavea* antes apuntadas, deben añadirse otras cuatro, que no sólo eran útiles para ocupar con prontitud y comodidad los asientos de la *cavea* inferior y el *podio*, sino que por el uso de sus escaleras era hacedero á las personas de superior categoria el visitar las cárceles (*carceres*), los gladiadores, la *arena* y todo lo más interesante del espectáculo, privilegio pocas veces concedido, si no del todo negado, á los espectadores de las *caveas* superiores. Hállanse dichas escaleras á los 13.^{m} de los extremos N. S., y son de planta regular, de 4.^{m} 33 por 1.^{m} 60 y 2.^{m} 22 de altura desde la meseta primera hasta la bóveda: su construccion es de lo más bello en el edificio, como diremos en lugar oportuno.

Debieron tener para su servicio una puerta de 0.^{m} 80 de ancho por 2.^{m} 22 de alto, y una ventana de medio punto, como el arco de la puerta y del mismo diámetro. Contábanse cuatro escalones para pasar desde la cavea hasta la primera meseta; despues se bajaba un tramo de seis en el sentido de la longitud de la bóveda, y se descansaba en otra meseta del todo igual á la anterior, tomando finalmente el último tramo, que conducia á la bóveda inferior ó del *podio*, conocido ya el arco de entrada. Los escalones estaban cubiertos de baldosas de excelente barro cocido, lo mismo que los de las escaleras de las grandes bóvedas de N. y S. ya descritas.

VI.

De los puestos que los espectadores ocupaban en el podio y caveas del Anfiteatro.

El frecuente y no sospechoso testimonio de los poetas é historiadores clásicos, las leyes que establecen el órden que debia guardarse en todo lo ritual respecto de los teatros, los documentos epigráficos, descubiertos así en estos edificios públicos como en los anfiteatros, no menos que el análisis arquitectónico de esta clase de monumentos, acreditan y persuaden de que tuvieron los romanos particular respeto á las diversas gerarquias sociales, señalando á cada cual el puesto que en las fiestas y espectáculos les correspondia; punto sobre que no parece lícito insistir sin ofensa de esta ilustre Academia. Mas si nadie puede dudar del derecho establecido, no es tan llano el determinar la época en que dichas distinciones se iniciaron; cuándo se llevaron con más rigor; cuándo se abusó de tan recomendada costumbre; cuál fué en el Anfiteatro la verdadera colocacion de los espectadores por órden de categorias; cuáles los preferidos en Roma ó en las colonias ó municipios;— cuestiones todas largamente debatidas há ya mucho tiempo, sin que hasta ahora se haya depurado la verdad, llegándose á obtener el fruto apetecido en tan curioso estudio. Mucho ha ilustrado sin embargo alguno de estos puntos la notable *disertacion* que sobre las *Inscripciones de los teatros y anfiteatros* publicó en Roma en 1857 el diligente cuanto entendido doctor aleman Mr. E. Hübner, y muy útiles nos han sido en particular las conferencias que sobre el mismo Anfiteatro tuvimos con este docto arqueólogo, al realizar el presente estudio.

Desde luego es imposible admitir el que los senadores ocuparan

el *podio* y los caballeros las primeras gradas de la *prima cavea*, como asienta Montfaucon, olvidando que escribe sobre el Anfiteatro de Itálica, y no sobre el de Roma. No hay duda alguna en que los magistrados y los varones más distinguidos de las familias senatoriales ocuparian el *podio* de nuestro Anfiteatro, dejando los extremos N. y S. para los más autorizados, como presidentes del espectáculo. Pero en lugar de los senadores romanos y del *ordo equester*, que ocupaban catorce gradas en el teatro [1] y quizá siete en el Anfiteatro, sustituian tal vez en las provincias los *augustales* á los *equites* ó caballeros y los *decuriones*, quienes se sentaban en el lugar de los senadores.

Yo creo que si algunos senadores ó caballeros romanos asistian á los anfiteatros de los municipios y colonias, nunca serian en gran número y sí accidentalmente y sin tener puestos designados exprofeso, ocupando en tal caso los que á su categoria ó dignidad correspondian entre los senadores ó caballeros de los municipios ó colonias, que se modelaban en todo á imágen y semejanza de Roma, cualquiera que fuese el derecho por ellos disfrutado.

Muchos eran los colegios [2] preferidos, segun algunos autores, para gozar de la primera *cavea*; pero es difícil fijar los que existian en las provincias, y más aun determinar su órden gerárquico, señalando las gradas que sucesivamente ocupaban. Una lápida conservada en el Museo Capitolino habla de *Loca adsignata in amphitheatro*, é indica que estas designaciones se hacian por gradas y por el número de piés concedidos á las respectivas categorias en cada una de ellas [3]. Los cuneos ó separaciones que resultan en la cavea entre escalera y escalera, que se llaman así por su forma de cuña, eran tambien diferentes para unos ó para otros espectadores.

En el Anfiteatro Italicense, á falta de *cuneos* en la primera *cavea*,

1 Estas catorce gradas fueron asignadas en el teatro á dicho órden ecuestre por la ley *Roscia*, y no en el anfiteatro como algunos suponen, si bien el número de siete gradas, de que generalmente se compone la *ima cavea* en casi todos ellos, hasta en el de Itálica, hace suponer la ingeniosa explicacion de que, siendo el anfiteatro doble en extension que el teatro, el número de las gradas se reduce á la mitad.

2 *Pontifices*, augures, *quindecimviri*, *septemviri*, *arvales*, *curiones*, *feciales*, *haruspices*, *luperci*, *salii*, *sodales*, *Augustales*, *Flaviales*, *Titii*, *Traianales*, *Hadrianales*, *Antoniniani*, etc., etc.

3 La lápida de que hablamos, fué consultada con el texto de Mariano por Mr. Heuzen, secretario del *Instituto de la Correspondencia arqueológica*, sociedad prusiana establecida en Roma, á la cual tengo la honra de pertenecer, y por mi digno amigo el docto r

pues en las demás existen como en todos los conocidos, aparece aun más clara é indubitable la diversidad de localidades en la separacion de los grupos más altos de las restantes gradas; muestra aun más inequívoca de la múltiple distribucion de las mencionadas localidades y de la preferencia que alcanzaban unas sobre otras.

Sabido es que así en la *cavea* inferior como en la media, donde tenian asiento el ejército y el pueblo, nunca tuvo lugar la confusion de sexos, reservándose el cuerpo superior ó *suma cavea* á las mujeres y los niños. No otro era el órden á que se sujetaban tambien los espectadores en el Anfiteatro Italicense, debiendo sólo añadir, á imitacion de lo que en los de otras ciudades sucedia, ocupando la parte superior del edificio ó terraza los *velarii*, soldados que pertenecian generalmente á la flota, y que podian tener á su cargo en Itálica el cuidado del *velarium* los marineros del Bétis, cuyas aguas parecian regar á la sazon sus muros.

Hübner, quien la publica en su curiosa disertacion de *Iscrizioni existenti in sedili di theatri ed anfiteatri antichi*, pág. 15, 2.ª col.—Es como sigue:

Loca adsignata in amphitheatro
L. Aelio Plautio Lamia Q. Pactumeio Fr(o)ntone cos.
acceptum ab Laberio Maximo procuratore praef. annonae
L. Vennuleio Apron(i)ano mag(istro) curatore Thyrso l(iberto)
fratribus Arvalibus
maeniano I (primo) cun(eo) XII (duodecimo) gradib(us) marm(oreis) VIII (octo)
gradu I (primo) p(edes) V (quinque)
gradu VIII (octavo) p(edes) V=L (quinque quadrantem semunciam sicilicum)
f(aciunt) p(edes) XXXXIIS (semis)
gradu I (primo) uno p(edes) XXIIS (semis)
et maeniano summo II (secundo) cun(eo) VI gradib(us) marm(oreis) IV.
gradu I (primo) uno p(edes) XXIIS (semis)
et maeniano summo in ligneis tab(ulatione) LIII gradibus XI
gradu I (primo) p(edes) V==L (trientem semunciam)
gradu XI p(edes) VS==—> (deuncem sicilicum)
f(aciunt) p(edes) LXIIIS==—L (deuncem semunciam)
summa p(edes) CXXVIIIIS==—L (deuncem semunciam)

VII.

Segundo cuerpo del edificio.—Su distribucion.

Presentando próximamente la misma elevacion, distribúyese el segundo cuerpo de igual forma que el primero [1]. Subíase á él por las escaleras ya indicadas (M. M. M.) á una galeria anular (Y. Y. Y.) de 3.m 40 de latitud por 5.m 70 de altura, la cual se desenvolvia todo alrededor del edificio, sin interrupcion alguna hasta el eje E. O., donde ciertos muros impedian la circulacion completa. Discurria por esta hermosa galeria la muchedumbre italicense, saliendo á ver el espectáculo por diez y seis *vomitorios*, número acertadamente apuntado por Marti, Montfaucon y Florez. Diez de ellos existen hoy claramente, cinco al N. y cinco al S., apareciendo por desdicha destrozada la parte de Anfiteatro, donde existian los seis restantes. Situados dos *vomitorios* en el eje N. S., correspondian otros dos al eje E. O., y entre estos y los postreros de los cinco de cada lado queda espacio para otro en cada punto N. E., N. O., S. E., S. O. La comparacion de medidas no admite otra division, por lo cual y por conservarse algunos vestigios, no hay dificultad en admitir el número diez y seis de los vomitorios.

La causa de haberse destruido los tres del O. y los tres del E. proviene sin duda de que en esta direccion corren las aguas de las colinas inmediatas sobre el terreno del Anfiteatro; contribuyendo no poco á consumar esta obra de los siglos el rudo encarnizamiento de los ignorantes. Contémplase tambien grandemente destrozada la ya citada galeria anular, pues que sólo se halla cubierta en dos puntos con un trozo de bóveda, que milagrosamente se sostiene,

1 Véase la parte correspondiente de la planta.

bien que no há mucho se han desprendido de él notables fragmentos.

Son efectivamente los *vomitorios* anchos y altos, como asienta Montfaucon, ofreciendo su desembocadura ó puerta en la precincion 3.m de alto por 2.m de ancho, y su entrada ó embocadura en la referida galeria el mismo ancho y 3.m 60 de altura. El arco es rebajado, siendo de notarse que las bóvedas de estos *vomitorios* son cañones en bajada, los cuales penetran en la galeria anular por su parte más alta. Saliendo ya á la *precincion*, mídese de vomitorio á vomitorio desde 14.m á 14.m 50 por término medio; lo cual proviene no tanto de las diferencias de ejecucion como del mal estado del edificio, donde es casi imposible fijar con exactitud los perfiles. Entre vomitorio y vomitorio suben por toda esta *cavea* diez y seis escaleras de 1.m 20 de ancho; y entre escalera y escalera se cuentan los *cuneos*, en cuyas gradas tenia asiento el pueblo por clases ó condiciones [1].

Arrancaba la primera de dichas gradas de un muro que ceñia la *precincion* todo alrededor, separando visiblemente la *cavea media* de la *ima cavea*, y cuya altura es de 0,83; disposicion general á todo anfiteatro conocido. Es esta la *precincion* que fué considerada, segun queda notado arriba, como *podio* por los anticuarios del último siglo, los cuales conocieron solamente las gradas que sobre su muro se levantan. Hasta once parece subir el número de estas, bien que se han suscitado dudas en este punto, y todas tienen igual huella y altura, á excepcion de la primera y la última, que miden 0,70 aquella y esta 0,45.

Ninguna *precincion* parcial ó modificacion de alturas viene á alterar este órden, como en la *cavea* principal ó *ima cavea*, pues en la del pueblo ó plebe eran los asientos del que primero los ocupaba, razon por que las mujeres y los hombres tomaban sus respectivos puestos desde la media noche anterior al dia de los juegos, segun afirman algunos autores (VII).

Las escaleras para poder tomar las gradas, se comenzaban á subir desde el pavimento de la *precincion* hasta la última grada, sin que se entienda por esto que pudieran llegar los hombres hasta la

1 El nombre de *cuneos* daba ocasion á que se diese título de *excunneati* á los que asistian tarde á los juegos; pues tenian estos que permanecer de pié sobre las escaleras, por no hallar asiento en los cuneos.

precincion, donde tenian su asiento las mujeres. Los peldaños de estas escaleras tienen respectivamente la mitad de huella y peralte que las gradas. Tanto estas escaleras como dichas gradas, los pavimentos de los vomitorios y las *precinciones* de todas las caveas del edificio estaban magníficamente cubiertas con losas de piedra blanca muy dura y compacta, y cuyo espesor no bajaba de 0,15.

Respecto de las once gradas, antes indicadas, há lugar á dudas, segun ya apuntamos: Florez asegura que contó *quince* desde la *precincion*, que él suponia *podio*, hasta arriba. Pudo haberlas en efecto, y componerse las *caveas summa* y *media* de quince ó diez y seis gradas cada una, componiendo así las treinta ó treinta y dos figuradas en el corte que se publicó en la *España Sagrada*. La ingenuidad que debe presidir estas investigaciones, me mueve á declarar sin embargo que sólo hemos descubierto once, fuera del muro de la primera precincion y del alto de la segunda; porque á existir las quince pretendidas, el grueso de la bóveda anular aun permanente, seria más considerable que el ya reconocido, el cual se ajusta á las medidas expuestas. Tampoco se conformarian las alturas de los cuerpos bajo y medio, si las gradas fueran 15.^{m} ó 16.^{m}, pues resultaria el segundo más alto que el primero; razones que me han movido á preferir el número de gradas que supone Montfaucon, aunque los muros convergentes de los cuneos pudieron contar muy bien las treinta y dos en el segundo y tercer cuerpo del edificio, que por haber sido derribado á pico, sufrió el desmonte de los asientos construidos sobre la bóveda.

Pero lo notable es que ya supongan diez y seis, ya numeren sólo once gradas, nunca tienen en cuenta Florez ni Montfaucon las *precinciones*, faltando así al sistema establecido para todos los anfiteatros, y olvidando acaso las prescripciones de la ley, en órden á la separacion de localidades para cada sexo; prescripciones hijas de las costumbres y citadas en más de un pasaje histórico. Por fortuna no cabe mayor evidencia en este punto, así como tampoco respecto de otros varios que restituyen al *Anfiteatro* Italicense, considerado en sus relaciones artístico-arqueológicas, toda la importancia de que antes habia sido despojado.

VIII.

Tercer cuerpo del edificio.—Su coronacion y su toldo.

La planta del tercer cuerpo, segun los cuatro muros todavia existentes, es en todo semejante á las de los otros dos inferiores; disposicion que debia necesariamente resultar, siguiendo los muros hasta los cimientos del edificio. No hay motivo fundado para suponer variacion alguna en la forma del cuneo, ó reunion de los cuatro muros que aun quedan formando realmente cuña; ni se descubre ningun vestigio de ella en el órden de las avenidas que se dirigian á los vomitorios. Juzgando conforme á estos datos, paréceme indudable que los pertenecientes al tercer cuerpo, caian sobre los del segundo, ó en las mismas líneas convergentes [1]: no hé hallado dato alguno respecto de otra galeria anular en el último cuerpo; única parte en que podria diferir del segundo. Así pues, tanto el número de gradas, vomitorios y escaleras como sus dimensiones respectivas, las hé determinado sin violencia, al estudiar el tercer cuerpo, por los datos que los inferiores ofrecen, no pareciendo tampoco racional el suponer notables variaciones en el uso de ambas *caveas*, fuera de la diferencia de sexos ó de edades. La cavea destinada á las mujeres resulta no obstante considerablemente mayor, pues que van las gradas extendiéndose necesariamente á manera que se elevan ó se acercan á la abertura superior del vomitorio. Mas esto no debe llamar la atencion, porque lo mismo acontece en los demás anfiteatros; y sin duda no debieron quedar estos sitios desocupados, si se atiende á que en ellos se co-

1 Debe advertirse sin embargo que algunos anfiteatros tienen trocado el órden, cayendo los vomitorios de la summa cavea, sobre las escaleras de la media.

locaban las mujeres y los niños que formaban la familia de todos los varones que tenian derecho á entrar en el Anfiteatro, esto es: los que ocupaban las caveas media y prima, excluyéndose, como es sabido, los esclavos de ambos sexos [1].

Continuando el perfil que ofrecen las gradas, desde el podio hasta la última del segundo cuerpo, he trazado las del tercero; pero como el muro de fachada aun dista bastante de la grada superior, me ha parecido conveniente rematar el edificio en la forma hasta ahora admitida, la cual se reduce á una terraza ó esplanada anular, cerrada por antepechos, donde tenian los *velarii* ancho campo para las maniobras de poner, quitar, correr y descorrer el *velum*, segun conviniese, sin que por esto neguemos que podia servir tambien esta anchurosa azotea para desahogo del pueblo. Juzgué, al hacerse el descubrimiento, que á esta plataforma ó terraza podrian subir los *velarii* por una escalera estrecha, practicada en el interior del muro de fachada, en forma de hélice y con largas mesetas corridas, las cuales no pasan, así como toda la escalera, de 0,60, habiendo encontrado cinco de sus escalones con la huella de 0,40 y 0,18 de peralte. La extremada reduccion de sus dimensiones me indujo muy luego á sospechar, meditando sobre su objeto útil, que pudo servir más bien esta escalera para despeñadero de las aguas, que para el ascenso y la bajada de personas.

Es fácil de concebir cuál seria en este Anfiteatro de Itálica el uso de la vela ó toldo, en cuanto á su mecanismo y colocacion, se refiere por el estudio de otros anfiteatros, donde han podido apreciarse con toda exactitud semejantes pormenores [2]. Una série de varales ingeridos en otros tantos agujeros, practicados en la corona de la cornisa y apoyados en canales á propósito, debian en efecto sujetar, siguiendo la línea exterior del edificio, las cuerdas que se ataban á sus cabezas y aparecian tirantes de otra série de maderos, sujetos de igual suerte en el antepecho interior de la terraza. Cubríala un *toldo* parcial que se desarrollaba sobre estas cuerdas; y sujeto á la segunda série de varales y á un gran polígono, formado de gruesas maromas, extendíase el toldo ó vela (ve-

1 Tampoco tendria nada de extraño que el cuerpo de la última cavea fuese más bajo, en atencion á su mayor cabida, como sucede en algunos anfiteatros; pero esto no es admisible en el Italicense, á causa de su construccion.

2 Véase esta parte en nuestra seccion longitudinal del plano.

lum) del Anfiteatro, manteniéndose el polígono de las maromas en equilibrio por la tension de estas últimas cuerdas y otras que iban á amarrarse en el muro del podio. Así quedaban cubiertas todas las *caveas*, y la *arena* expuesta al aire libre.

Y parece tanto más racional la indicada disposicion cuanto que para desprenderse la vela, era preciso que tirando á la vez de las dos séries de varales, á un mismo tiempo los rompiese; lo cual no es concebible, colocándolos tan espesos como fuese necesario y resultando la vela en equilibrio. En efecto, la resultante de las fuerzas que tiraban hácia lo alto y de las que tendian hácia el podio, pasaba por medio del ángulo formado por cada par de fuerzas, obrando en consecuencia en los puntos del polígono funicular, formado con las maromas.

Los rompimientos del *podio* parecen acreditar esta hipótesi, pues son puntos de amarro bastante subidos para tirar de la vela hácia abajo, habiéndose encontrado además una série de pequeños agujeros abiertos *ad hoc*, que más bien que para otra cosa, parecen haber servido para meter las puntas inferiores ó piés de fuertes y altos *varales*, los cuales disminuyendo la distancia de las cuerdas, que hemos dicho iban desde el antepecho interior de la terraza al polígono formado de maromas, ayudaban á sostener, sin grave esfuerzo, el toldo. Acaso este mismo sistema de varales serviria para sostenerlo por los puntos donde remataba, dejando al descubierto la *arena*; pero nada lo indica así, debiendo notarse que en tal caso tendrian que alzarse los piés derechos muy próximos al *podio*, molestando á la parte más escogida de los espectadores y ser además muy altos, pues el *toldo* debia levantarse mucho, si los de las últimas *caveas* habian de disfrutar del espectáculo.

Esto en punto al modo de precaverse los espectadores del sol y de la lluvia. Las aguas que recogia el edificio, así como las súcias de los *migitorios*, bajaban indudablemente por canales abiertos en los muros; y de esta clase de conductos se reconocen muchos en la galeria anular del segundo cuerpo, cuatro en el podio, y otro en la cámara principal del eje S. de la *arena*. Seria ya imposible determinar el sistema general de estas bajadas ó conductos, por haber desaparecido desgraciadamente el cuerpo más alto y gran parte del segundo.

IX.

Construccion.

Explicada la disposicion y distribucion del edificio, tal como su estado actual permite, justo será añadir algunas observaciones sobre la ejecucion material de un monumento tan grandioso y que por tantos siglos ha desafiado la furia del tiempo y la de los hombres.

Todos los géneros de la más selecta construccion parecen haberse empleado en la del Anfiteatro Italicense, á saber: la de silleria, la de ladrillos y la de hormigon, ó más bien mamposteria. Son los grandes muros por lo general de esta última, viéndose revestidos de silleria en las avenidas generales del E. y del O.; lo cual sucede tambien en todas las de las mitades N. y S. del edificio, así como en las que conducen á los vomitorios, y en la galeria anular que con ellos comunica. Toda la piedra labrada es calcárea y al parecer de las canteras de la próxima sierra de Gerena.

Algunos muros son en su totalidad de esta silleria, como los que se descubren por fuera del Anfiteatro y los del cuneo del tercer cuerpo. Otros, como el exterior, se componen de las tres clases de fábrica, esto es: de hormigon, silleria y ladrillo. En efecto: este muro que ofrece un espesor muy considerable, tenia la parte más interna de hormigon, mientras los paramentos de la escalera practicada en su interior, se hallaban revestidos por ambos lados de ladrillos, volviendo á notarse otra ánima de hormigon, cuyo revestimiento era de silleria; material que formaba la cara exterior así en la fachada, como en todas las demás partes notables del edificio.

El graderio era de hormigon y asimismo las bóvedas en gene-

ral, habiendo algunas de ladrillo. De ladrillo eran tambien el muro del podio, los dos concéntricos con el de las dos primeras bóvedas anulares, y los muros trasversales de ellas. Los arcos torales ó de descarga eran generalmente de ladrillo y algunas bóvedas, como las muy bellas de las cuatro escaleras que daban á una especie de vomitorios en medio de la *ima cavea*, y que ya dijimos que servian para comunicarla con el plan-terreno de la *arena*. Á pesar de ser la caja de estas escaleras tan pequeña se han labrado en su *cubricion* lunetos, bóvedas por arista y de rincones de claustro. En esta clase de bóvedas, así como en los cañones seguidos y en bajada, consiste la mayor belleza de construccion de la parte que hoy existe del edificio.

Ni es indiferente el estudio de los materiales empleados en el mismo. Nótase en algunas partes cierto órden respecto de la colocacion de las piedras y fragmentos, resultando un *opus spicatum*, formado de piedras calcáreas, procedentes de restos marítimos. Es en otras la mamposteria más informe y se compone de toda clase de piedras naturales y artificiales, constituyendo con el trascurso de los tiempos una roca del aspecto de las naturales y tal vez de mayor resistencia. Respecto de las bóvedas fueron elegidas piedras para formar el derretido; pero nunca guijos y pequeños *detritus* del carácter que ofrecen las construcciones árabes, siendo en verdad notable cómo han podido confundirse tan distintos modos de fabricar por algunos eruditos.

Los ladrillos empleados en todo el Anfiteatro son generalmente rosáceos, sin mezcla casi de arena y de una fractura concoidea como el jaspe ó el pedernal, y tienen de 0,30 de largo por 0,23 de ancho y 0,6 de alto. Estan asentados de soga y asta y de soga sólo; pero siempre á hueco y con mortero muy excelente, pues es casi imposible arrancarlos sin repetidos golpes de piqueta, y aun así no se desprenden sino rotos en mil pedazos. Hay ladrillos que llaman por su magnitud grandemente la atencion, y son estos principalmente los que forman los grandes arcos de carga, pues tienen hasta 0,60 por 0,50 y 0,6 de espesor, á fin de no hacer nunca más que una rosca ó á lo sumo dos, cualquiera que sea el grueso de los arcos. Es la construccion de estos digna de estudio, pues que aparecen los ladrillos tan perfectamente adheridos entre sí, que es necesario fijar mucho la vista para hallar la union ó juntura de los mismos.

La silleria arriba mencionada, cuándo es de *opera quadrata*, cuándo de tizon y soga, cuándo como la ordinaria en la actualidad empleada. Está asentada con buen mortero y no presenta al estudio tantas observaciones como el ladrillo y el hormigon; géneros ambos de fábrica en que los constructores del Anfiteatro se mostraron á la mayor altura.

Puede formarse aproximada idea de la magnificencia de todo el edificio, al descubrir por todas partes hermosa silleria, fábrica de ladrillo delicadamente labrada y embaldosados de grande espesor, dureza y blancura. El hormigon sólo aparece al exterior en las bóvedas, las cuales debieron estar revocadas de estuco.

Adviértense, hecho detenidamente el estudio, algunos arrepentimientos en la construccion del Anfiteatro, ya nacidos de alteraciones introducidas en su distribucion, ya de reparaciones parciales y posteriores. Obsérvase por egemplo en una de las bóvedas del segundo cuerpo, puesta al O., que debajo de un cañon seguido muy abierto, se ha reconstruido otro menor y excéntrico con el primero, sin duda para reforzarlo, cuando se agregó el tercer cuerpo, ó para variar algun tanto la direccion de aquella avenida. Nótase tambien en la fábrica el sello de distintas épocas, así por la calidad de los materiales como por el modo de emplearlos, segun indiqué ya al tratar del hormigon; todo lo cual nada tiene de extraño, tratándose de un edificio de masas tan enormes y de ejecucion tan soberbia.

X.

Decoracion.

No es ya posible desgraciadamente formar entera idea de la ornamentacion que ostentó un dia el Anfiteatro de Itálica, ni menos compararle en esto con otros mejor conservados, principalmente el designado en Roma con título de *Flavio*, exornado con todas las galas del arte romano. Fué lo primero que desapareció en el que estudiamos su ostentosa decoracion, presa tal vez muy estimada de visigodos y aun de árabes, que sin duda alcanzarian los últimos despojos. No por esto queremos suponer que el Anfiteatro Italicense, así como en magnitud, excedia tambien en la riqueza de sus ornatos á todos los de provincias romanas. Reconocida sin embargo la elegancia de sus proporciones y su buena construccion, así como la eleccion de sus excelentes materiales, única parte de que ahora podemos juzgar, no será aventurado el sentar que debió responder su decoracion á estas notabilísimas prendas. Y es tanto más racional la hipótesi cuanto que la ornamentacion se adivina aun en los *vomitorios* y en las grandes avenidas; por lo cual puede suponerse lógicamente en la fachada.

Muy posible es en efecto, siguiendo la série de indicaciones reveladas en lo existente, que una sencilla imposta recibiera las bóvedas de las grandes avenidas, y que un zócalo, aun más sencillo, sirviese de base á los muros y pilares de silleria, que sostenian dichas bóvedas. Los *vomitorios*, revestidos tambien de sillares, pudieron tener alguna exornacion hácia la *cavea*; pero habiendo sido destruidos sus revestimientos de piedra, no puede hoy juzgarse si tuvieron estos ó no talladas algunas molduras, formando ya los guardapolvos, ya las archivoltas.

Es en mi concepto indudable que la parte más suntuosamente exornada fué el exterior ó fachada general del Anfiteatro. No es dable concebirla como la del anfiteatro *Flavio*, el de Nimes, Pola, Verona ú otros, rodeada de majestuosas arquerias que daban vuelta á todo el edificio en sus distintos cuerpos; la fachada del Anfiteatro Italicense debió componerse de machones sumamente anchos, interrumpidos por escaso número de arcos, que en mi sentir no pasarian de veinte [1]. Indúceme principalmente á formar esta opinion la escalera que vá dando vuelta por el interior del muro, pues que admitida su existencia, no era posible atravesar por arcadas sostenidas en elegantes pilares.

Ni es peregrina esta distribucion de huecos á otros anfiteatros, ni ofende tampoco la riqueza en la exornacion, pudiendo hallarse embellecido el edificio de pilastras, antepechos, archivoltas y grandes cornisamentos, miembros arquitectónicos que nunca pudieron faltar, cualquiera que sea el concepto en que se restaure la fachada. Lástima es que logrado su indudable descubrimiento, no se haya conseguido poseer hasta ahora un trozo medianamente conservado; esperanza que aguardo ver todavia realizada, si como es de esperar de la ilustrada Diputacion de provincia, se facilitan los medios convenientes para proseguir los trabajos.

1 Consúltense los planos adjuntos á esta Memoria.

XI.

Época de la ereccion del Anfiteatro. Sus vicisitudes.

Fijándonos ahora en la época á que pueda referirse la fundacion del Anfiteatro de Itálica, es casi indudable que debieron echarse sus cimientos despues del imperio de Augusto; pues que durante su vida (año 725 de la fundacion de Roma), se erigió el primer anfiteatro de fábrica que se conoce, siendo todos los anteriores de madera (VIII). Es pues evidente tenido en cuenta este dato que la ciudad de Itálica llevaba ya el título de colonia, cuando se dió principio á la construccion de este monumento, no pareciendo racional el poner en duda que desde que fué levantado el primer anfiteatro romano hasta que las más apartadas ciudades imitaron á la metrópoli, siempre hubo de trascurrir un espacio de tiempo muy considerable.

No fué la construccion del Anfiteatro que estudiamos obra de un dia; pues aunque los romanos poseian elementos muy superiores á los nuestros para la ejecucion rápida de sus grandes fábricas, no es verosímil que la Colonia Italicense dispusiera del número de esclavos y obreros bastantes á realizar en breve tan colosal proyecto, ni menos en tiempos bonancibles de los soldados que al efecto se necesitaban. Conocida la masa inmensa de la fábrica que debió presentar el Anfiteatro y sus diferentes labores, puede en verdad calcularse así el número de hombres como el tiempo indispensable para terminarla; pero este cálculo, que desde luego daria por resultado cifras muy elevadas, no es fundamento suficiente para resolver la indicada cuestion, á causa de que los trabajos pudieron sufrir interrupciones y reformas, como parece persuadirlo el exámen de lo existente en el edificio.

Muy probable es que ejecutadas las dos primeras *caveas*, fuese la superior por algun tiempo de madera; disposicion en que han llegado á nuestros dias algunos anfiteatros, y medio supletorio empleado con frecuencia en las plazas de toros recientemente construidas. Y que la *cavea* de las mujeres, siguiendo esta ley de la necesidad, no se construyó cuando la parte principal del Anfiteatro Italicense, sino algunos años despues de terminado el segundo cuerpo de la *media cavea*, persuádenlo con cierta evidencia los muros de la superior, que son de silleria en todo su espesor y cargan sobre los del segundo cuerpo, de ladrillo ú hormigon revestido de piedra. Racional parece, dada la idea de levantar á una vez tan grandioso edificio, que se conservara la unidad así en el plano como en el desarrollo material de su construccion, dominando un sistema general en toda la fábrica: por manera que si se construian las dos primeras *caveas* con hormigon, pudo tambien con este material erigirse la tercera, ó ya si se comenzó á edificar con silleria, era posible terminar con el hormigon y el ladrillo; pero siendo todo lo contrario, no hallo explicacion plausible fuera de la hipótesi relativa á la diversidad de épocas y de medios.

Sentados estos antecedentes, es ya posible admitir que el monumento hubo de llegar á su terminacion en tiempo de Trajano ó de Adriano; pero no recibir como un hecho demostrado que fué construido en uno ú otro imperio, ni aun entre los dos; pues aunque no es inverosímil el que estos Emperadores influyeran en la prosecucion de la obra, segun juiciosamente asientan casi todos los escritores, no pudo aquella llevarse tan rápidamente á feliz remate, por las razones expuestas, las cuales piden algun tiempo para empezar la fábrica. Fuerza irresistible cobrarian estas consideraciones, ó ya se desvanecerian del todo, si á dicha se hallaran en el edificio inscripciones que declarasen terminantemente los hechos; y si bien en su defecto la arqueologia monumental tiene sobrados recursos para resolver victoriosamente cuestiones aun más oscuras, me veo forzado á limitarme á las indicaciones apuntadas, cuyo valor podrán quilatar los hombres ilustrados en este linaje de estudios.

Menos difícil es por cierto señalar las vicisitudes del Anfiteatro. Sin remontarnos mas allá del siglo XVI, observaremos que uno de los primeros que hablan de él, es Peraza, escritor que florece en el

primer tercio del expresado siglo [1]. En su *Historia de Sevilla* [2], dice en efecto refiriéndose á los romanos que «sola una clara memoria »parece de entonces haber quedado, y es un coliseo ó teatro que »nombran fuera de esta ciudad, el que cerca de San Isidro hoy dia »parece no muy lejos.» Más adelante añade: «Cerrado todo de sus »muy espesas gradas en torno; y esto pienso que no lo destru»yeron [los árabes] por estar algo, aunque no mucho apartado de »esta ciudad, y aun cerca de él parecen muchos y muy destruidos »edificios.»

Parece indudable que cuando Peraza escribia estas líneas, se hallaba el Anfiteatro de Itálica casi intacto; pues mucho tiempo despues, y antes de que los magistrados de Sevilla decretaran su demolicion, afirmaba el diligente Martí que se conservaba en toda su *integridad* y *hermosura*. Los árabes, como afirma Peraza, lo respetaron; y aunque el cristianismo, enemigo de la esclavitud y de los espectáculos sangrientos, curó á la raza hispano-latina de su pasion por los anfiteatros, esta raza, que se mantiene en nuestro suelo separada de sus dominadores, hasta la persecucion con que la exterminaron los Califas de Córdoba y los príncipes almoravides y almohades, respetó tambien los monumentos de sus antepasados, por más que estos perteneciesen al gentilismo. No debe extrañarse, pues, que algunas obras de los romanos hayan atravesado la dominacion visigoda y la mahometana, admirándolas, tanto como las admiraban y aprendiendo tanto de ellas. Ni los eximimos tampoco de toda responsabilidad; pues así como muchos templos gentílicos fueron destrozados en los primeros siglos del cristianismo triunfante, y las primitivas basílicas ya se engalanaron con sus ornamentos, ya se edificaron con los materiales de puentes y acueductos romanos, así tambien los árabes, que emplearon pedestales de estátuas en los cimientos de sus torres, arrancaron de las ruinas romanas las columnas y capiteles para exornar sus palacios y mezquitas.

Lo cierto es que si despues de las grandes devastaciones de que nos hablan Martí y Montfaucon, si despues de las que denuncia el ilustrado Bruna, dirigiéndose al conde del Águila (IX), si despues de las que deploran Cean Bermudez, Matute, don Ivo de la Cortina



1 Año de 1525.
2 Lib. III, cap. V.

y otros; y si despues de las muchas que se han sucedido posteriormente y á pesar de tantos y tan reiterados actos de barbarie, permanece aun enhiesto en la forma que tengo la honra de ofrecerlo á esta Real Academia, mucho deberia conservarse todavia en tiempo de Rodrigo Caro y de Rioja, cuya celebrada *Cancion*, merced á su eminente mérito literario, ha contribuido no poco á que se considere como aniquilado y completamente destruido, lo que en realidad no lo está, á despecho del tiempo y de la saña destructora que hace dos siglos lo combate.

Lástima es en verdad que no se llegara á tiempo en el estudio para consignar todo lo que en los siglos XVI y XVIII existia, lo cual se hubiera sin duda conseguido, si el amor á las cosas romanas, más que exclusivo, hubiera sido sincero y fecundo, ejerciendo verdadera influencia en la muchedumbre. Una triste experiencia nos fuerza á confesar que mientras más empeño ponen los doctos en exhumar las antigüedades, mayor encarnizamiento muestran contra ellas los ignorantes, naciendo de esta singular antítesis que sólo en nuestra época y durante la segunda mitad de la última centuria, haya experimentado el Anfiteatro de Itálica mayores demoliciones que en todo el largo período de la monarquia visigoda, de la dominacion musulmana y de la edad que media desde la reconquista en 1248 al referido siglo XVIII (X).

Poco tiempo há se contemplaba enhiesta una buena parte del Anfiteatro, la cual, formando una de sus principales galerias de entrada, aparecia perfectamente revestida de sillares á uno y otro lado, mientras ahora desguarnecida y hondamente socavada, apenas puede sustentar la bóveda, que se muestra casi suspendida en el aire. No es este momento de repetir las quejas que formuló en su dia sobre este punto la prensa ilustrada: cúmpleme sí consignar que la ruina es inminente, y que el derrumbamiento de la expresada galeria arrastrará tras sí en todo el grueso del corte gran parte del Anfiteatro. Persuádelo así la circunstancia de medir la bóveda desamparada 42.^{m}, siendo tanto más sensible esta nueva pérdida, cuanto que era la única que se descubria del cuerpo bajo, y constituia el dato más importante para fijar con toda exactitud, conforme he procurado hacerlo, la magnitud del edificio. Esta lamentable ocasion me ha movido sin embargo á estudiar cómo se han removido violentamente masas enormes, que ni el hierro ni la pólvora hubieran podido levantar, sin preparacion semejante; proce-

dimiento bien distinto en verdad de los grandes fuegos y temblores de tierra, que suponen algunos haber destruido el Anfiteatro.

Pudo tal vez haberse subsanado el daño, rellenando á tiempo con mortero y ripio de las mismas excavaciones la degolladura profunda que la desaparicion violenta de los sillares produjo; pero no adoptado oportunamente el remedio, crece de cada dia el peligro, y es ya por desdicha inevitable el mal, siendo esta la última persecucion de que ha sido víctima el monumento, cuyo estudio someto á la sabiduria de la Real Academia. No se ocultará á tan ilustre Corporacion que para evitar el vilipendio de tales hechos, y para que no sean en lo futuro estériles las excavaciones que la Diputacion provincial noblemente sufraga, seria lo más conveniente y decoroso poner el Anfiteatro á cubierto de la ignorancia y más todavia de la codicia, que busca en él materiales para mezquinas construcciones.

Justo parece por tanto que el Gobierno de S. M. fije sus miradas en este y todos los monumentos de su clase, prohibiendo severamente que bajo pretexto de utilizar sus escombros, se reduzcan á dolorosas ruinas; y no seria fuera de propósito, en órden al *Anfiteatro*, cantado por las musas sevillanas, que se mandase construir oportuna cerca, la cual lo pusiera á cubierto de toda tentativa.

Por fortuna las últimas de que fué objeto, si no han sido las menos perniciosas, han despertado la pública veneracion hácia monumento tan respetable, pudiendo asegurarse que nunca fué tenido en mayor aprecio. Nunca se ha mostrado en efecto más activa la Comision de Momentos históricos y artísticos, encargada oficialmente de las excavaciones, ni han tenido mayor solicitud sus individuos, acompañándome más de una vez á las ruinas, honra que tambien me ha dispensado el Gobernador de la provincia. Ni ha merecido el Anfiteatro menor predileccion de la sociedad arqueológica, cuyo presidente y secretario visitan muy á menudo lás excavaciones. Todos anhelan que lo subsistente y nuevamente descubierto se conserve, como es debido, y ningun medio más propio, en mi concepto, que el adquirir ciertos terrenos alrededor para establecer la indicada cerca; punto sobre que me atrevo á llamar la atencion de la Real Academia, seguro de que estas indicaciones son más que suficientes para Corporacion tan sábia y respetable, á quien tiene confiada la ley la inspeccion y custodia de las antigüedades patrias.

Llego pues al término del bosquejo que me propuse someter á su ilustracion, cumpliendo así con uno de los más gratos, aunque difíciles deberes, que me impone el Reglamento: más que una *Memoria* tan ámplia y circunstanciada como el asunto exige, he osado elevar á su consideracion una noticia adelantada de los descubrimientos, últimamente realizados en el *Anfiteatro Italicense.* Tal vez el anhelo de ser útil, me induzca á llevar antes de tiempo á la Real Academia esta pobre ofrenda de mi entusiasmo por la ciencia arqueológica y del respeto que me inspira; pero si ulteriores excavaciones ó más sólido estudio me obliga á rectificar el presente, puede abrigar esta ilustre Corporacion la confianza de que no omitiré diligencia alguna para lograr el acierto, al dar á luz esta monografia en la obra sobre *Itálica*, de que tiene ya conocimiento la Academia. De la benevolencia que distingue á todos y á cada uno de los Individuos que constituyen Cuerpo tan respetado, espero merecer por último toda indulgencia, persuadido de que no se achacará á reprensible jactancia lo que ha sido en mí deseo de llenar honradamente los deberes que la ley académica me impone.

Sevilla.

NOTAS ILUSTRATIVAS.

NOTAS ILUSTRATIVAS [1].

I.

A fin de que se forme más cabal idea de las excavaciones practicadas en el *Anfiteatro*, juzgo oportuno dar aquí el estado de los metros extraidos:

	Metros cúbs.	Centímets. cúbs.
Limpieza de las cuatro últimas gradas de la *ima cavea* de un derretido tan duro como el hormigon........	60	00
Primera seccion hasta el *podio*......................	560	00
Bóvedas de los *designadores*........................	28	65
Bóveda S. del eje menor............................	180	55
Segundo corte hasta la *arena*......................	258	00
Salida por S. O. á la primera *cavea*, línea exterior del edificio, avenidas y otros reconocimientos..........	100	00
Suma....................	1187	20

Forman estos metros hasta 54,896, 13 piés cúbicos del terreno, constituido con los derribos y la tierra, compuesto tan duro como el hormigon, encontrándose además arcilla húmeda de alfarero muy untuosa, y arcilla ordinaria muy dura, pues queda en su corte grabada la huella del pico.—Los 54,896, 13 piés cúbicos de esta clase de excavacion equivalen á un desmonte, cuando menos tres veces mayor, si se considera la naturaleza del terreno y se tiene presente el esmero que es necesario para no lastimar con las herramientas los muros del edificio, á veces sumamente deteriorados en siglos anteriores. La tierra extraida llena el ruedo del *Anfiteatro* á larga distancia, siendo para mí por extremo sensible no haber podido elegir más apartados vaciaderos. Sin embargo, debe calcu-

1 Véanse las oportunas llamadas en la Memoria.

larse que entre estos y los diferentes puntos de extraccion han mediado siempre ciento ó ciento cincuenta metros de trayecto por término medio; tal es la magnitud del edificio y tal el rodeo que han dado las caballerías para salir cargadas del *Anfiteatro.*

Algunos aficionados á las antigüedades quisieran ver ya del todo limpia la *arena* de la masa considerable de arcilla que sobre ella ha acarreado el trascurso de los tiempos, y discurrir libremente por las bóvedas del *Anfiteatro*, como en los dias en que hubieron de verificarse sus combates y venaciones: muchos quisieran tambien contemplar su fachada desde un buen punto de vista para formar así más cabal idea de su grandeza. Para lograr todo esto se necesitan los siguientes desmontes:

	Metros cúbs.	Centímets. cúbs.
Mole de arcilla sobre la *arena*, que forma un cilindro de base elíptica de 49 metros de eje mayor, 71.50 de eje menor y 5 metros de altura......................	13.769	10
Calculando otro tanto para las bóvedas interiores......	13.769	10
Excavando una zona de 10 metros alrededor de la fachada hasta descubrirla.........................	35.200	00
Total..................	62.738	20

Seria pues necesario extraer sesenta y dos mil setecientos treinta y ocho metros cúbicos y veinte centímetros cúbicos, ó sean 2.899 ó 14 piés cúbicos y 36 centímetros cúbicos de pié.—Calculando que cada metro costase á tres rs., por ser ya estas excavaciones mucho más fáciles que la ya ejecutada, todo podria ascender á 188.214 rs. vn. y 60 céntimos, cantidad que si bien no es excesiva, puede ofrecer dificultades para allegarla oportunamente.

Ni tampoco conviene satisfacer el deseo de los curiosos sin alguna prevencion, pues que con tal de gozar hoy lo que aun está escondido, poco nos curamos de que mañana desaparezcan del todo las ruinas. Excávese lo necesario para conocer, como pide la ciencia, el edificio; restáurese sobre todo ó asegúrese al menos lo que amenaza inminente ruina; consérvese en una palabra dignamente, y esto es lo que más importa.

II.

Para que no se nos tache de exagerados al hacer estas calificaciones, expuesto ya el estudio sobre el *Anfiteatro de Itálica* é ilustrado con los planos adjuntos, parece conveniente comparar estos trabajos con los verificados en órden á otros anfiteatros más generalmente conocidos.

Consta el *Flavio*, segun el mismo Montfaucon observa, de dos magníficas galerías anulares, sostenidas por pilares de elegante forma. Cuatro séries de avenidas semejantes á las del E. y O. del Italicense, los *cuneos* formados en largos *muros normales* á la elipse, y otras dos bóvedas anulares, interrumpidas por una segunda série de *muros normales* más cortos que los primeros. Viene despues el *podio* de gran espesor que circunda la *arena.*

El *Anfiteatro de Verona*, que copia Montfaucon de Serlio, le distribuye en

una galeria anular, la primera zona de *muros normales* bastante largos, otra galeria anular, otro anillo ó zona de *muros normales*, más cortos, otra galeria anular y el *podio*.

El de *Pola* tiene una galeria anular, veinte avenidas repartidas alrededor, la zona de *cuneos* formada por largos *muros normales*, otra galeria anular y el *podio*.

El de *Autum* está formado de una galeria anular exterior, una zona de *muros normales*, otra galeria anular interior, otra zona elíptica de *muros normales* más cortos que los primeros, otra tercera galeria elíptica y dos muros más, de los que uno es el *podio*.

He tomado estos curiosos datos de Montfaucon, consultándolos con Gailhabaud y Degondezt, porque el primero no se curó de poner escala en las plantas que copia; pero si bien no merecen toda la confianza que busca siempre un arquitecto en este linaje de trabajos, sirven al menos para comprobar una verdad, comun á todos los anfiteatros, esto es: que en su construccion entran sistemáticamente por base las galerias elípticas y los *muros normales* á ellas, formando las avenidas á los *vomitorios* y los *cuneos*, muros que jamás faltan en ningun edificio de la especie que examinamos.

Prescindiendo del número de *bóvedas anulares* que segun Martí, Montfaucon y Florez son tres, y segun mis estudios podrán ser hasta seis, es evidente que en el de Itálica habia los mismos *muros normales* que en todos los demás anfiteatros. ¿Mas dónde estan esos muros en la planta que envió Martin á Montfaucon y que admitió Florez?... Ni uno solo de ellos se encuentra allí, pareciendo tal olvido del todo indisculpable, pues así como han llegado á nuestros dias cuatro de estos muros en el tercer cuerpo, debieron existir estos y otros en tiempo de dichos escritores, siendo indudable que seria entonces fácil estudiarlos.

Son las referidas partes de la construccion del todo indispensables para la formacion de los restantes muros y sosten de las gradas, y su sola eliminacion bastaria para producir un *remedo bárbaro* más bien que una obra, ejecutada por el arte sistemático y magistral de los romanos.

III.

De autores que hacen mencion del Anfiteatro de Itálica, pudiera citar número crecido, pues no sólo los que han escrito anales de Sevilla, sino todos los que han tratado de España lo citan con elogio, aun sin conocer todavia el verdadero nombre de la ciudad, á que pertenecia. Pero ¿á qué traer aquí larga nota de nombres tan conocidos de esta Real Academia de la Historia, cuando ni estos, ni los dichos, más ó menos afortunados, de los poetas, pueden en realidad alterar la verdad de los hechos, en que procuro fundar el presente estudio? Y ¿á qué conduciria tampoco el comentar las descripciones de Laborde, Ponz, Cean Bermudez, el padre Ceballos y las de Mss., como el ya citado, que existe en poder del señor don Jorge Diez, catedrático de esta universidad, si unos dijeron poco ó casi nada, otros han repetido á Montfaucon y Florez, y ninguno ha podido examinar lo excavado ahora?... Si las descripciones detalladas hechas

tras largo exámen, no nos aprovechan ¿serán de más utilidad acaso las alusiones insignificantes y oscuras?

Cuando se trata de descifrar un problema histórico muy vago y nebuloso, son tal vez entonces tolerables las numerosas citas, si contribuyen al objeto y no son impertinentes; pero para describir lo que está á la vista, bastan sólo una atencion clara y pespícua y una observacion inteligente, desechando el fárrago indigesto, de que se arman los que á falta de verdadera luz, se enmarañan en un laberinto de textos y de citas, de donde rara vez suelen salir airosos. Para mí seria siempre preferible el confesar lo que se ignora, á andar lastimosamente á ciegas.

IV.

Paréceme por demás conveniente y oportuno el comparar las dimensiones del Anfiteatro Italicense con las que ofrecen los más famosos que conocemos, para deducir con acierto cuál sea su verdadera importancia.—El adjunto estado, si no tan completo como yo deseara, puede consultarse en mi concepto, no sin provecho:

ANFITEATROS.	EJE MAYOR.		EJE MENOR.		ARENA.		ALTURA.		AUTORES.
	Mets.	Cents.	Mets.	Cents.	Mets.	Cents.	Mets.	Cents.	
Coliseo..........	188	50	155	50	86.40	53.30	43	60	Batissier. Gailhabaud.
Cápua...........	162	46	132		»		»		Devret.
Itálica..........	156	50	134		71.50 por	49	22		Segun nosotros
Idem	81	25	57	00	»		»		Segun Florez, Cean Bermudez, Matute, etc.
Verona.........	146	20	116		71.60 p.	42	28	60	Devret y Desgondetz.
Arlés	140		103		»		»		Devret.
Idem	136	15	107	62	60.26 p.	39.82	»		M. Questel.
Nimes...........	133	38	101	40	»		21	32	Batissier. Devret.
Pompeya........	130		102		»		»		Breton.
Pola	133	50	103	50	71 p.	43	»		Gailhabaud.
Idem............	127	35	100		»		»		Devret.
Otricoli.........	87	70	60	50	»		»		Idem.
Castrense en Roma	79	50	73	30	»		»		Idem.
Burdeos.........	73	27	51	60	»		19	30	Idem.
Pesto	57	60	32		»		»		Idem.

Faltan aqui los anfiteatros de Siracusa, Púzzoli y otros notables por su mag-

nitud y hermosura. Adviértese no obstante que es el de Itálica, entre los enumerados, el tercero en capacidad, y tan superior respecto de esta condicion á los famosos de Arlés, Nimes y Pola, que aun suponiéndole todo lo más pequeño posible, esto es, con una sola galeria elíptica exterior despues de los muros convergentes, resultaria con 132.m de eje mayor y 110 de eje menor, ó séase igual al de Arlés, que es el mayor de los tres citados; pues las medidas de Mr. Questel nos merecen más fé que otra alguna, por ser el encargado de restaurarlo.

Para reducir el Anfiteatro Italicense á su menor magnitud, segun la anterior hipótesi, seria necesario admitir: 1.° que la línea exterior de 43.m 35 ahora descubierta no es el muro foral del edificio: 2.° que las avenidas al mismo, una de las cuales mide 41.m 50, son más largas ó salen fuera de él desmesuradamente, cuando á lo sumo podria tolerarse un pequeño avance: y 3.° que la longitud de las avenidas no se ajustase á la del grueso ó macizo de la seccion, reconocido el muro foral donde se encuentra. Pero como ninguna de estas suposiciones es admisible, no es dado tampoco aceptar la consecuencia.

Bien se me alcanza que en torno de algunos anfiteatros habia acueductos, cuando servian aquellos de *naumaquias*; pero semejante construccion no puede buenamente equivocarse con el *muro foral* del edificio, el cual donde quiera que se le considere ofrece la magnitud que vá en el presente estudio señalada. Nace de aquí la extrañeza que en mí produjeron las medidas de San Martin y de Lara, á quienes atribuimos mayor responsabilidad que á Florez, por su calidad de arquitectos. Ni aun á cubrir alcanzan las expresadas medidas el segundo cuerpo, entonces conocido: mucho menos la zona de muros transversales ó normales á la elipse. Verdad es que si no reconocieron la existencia de estos muros, ¿cómo habian de medirlos?

Á la grandeza y buenas proporciones del Anfiteatro Italicense hay que agregar, como ventaja sobre algunos de los antes anotados, sus mejores materiales y superior construccion, pues que no tenia gradas de madera, como se asegura del Castrense en Roma, del de Burdeos y de otros, sino que todo él era de fábrica solidísima y suntuosa.

Siempre podrá citarse como el primero de España; pues aunque no falta quien dé al anfiteatro de Tarragona 140.m 3 de eje mayor por 103.m 30 de eje menor y 30.m 10 de altura, no sabemos de donde ó cuando hayan podido tomarse tales medidas, que exceptuando la altura, quedan todavia muy inferiores á las del *Anfiteatro de Itálica*. El de Cabeza del Griego, segun Cean Bermudez, ofrecia sólo 59.m de eje mayor por 48.m 50 de eje menor.

El número de espectadores que, segun Fontana, cabian en el *Anfiteatro Flavio*, asciende á 109,000; pero otros le bajan á 107,000 ú 87,000. En el de Arlés se suponen de 24 á 30,000; en el de Nimes, 24,000, y en el de Pompeya 20,000. Nosotros hemos calculado los que cabian en el de Itálica, conforme al siguiente cuadro:

Sobre el *podio*..............	260
En la *ima cavea*.............	3000
En la *media*.................	6840
En la *summa*.................	8500
Excuneatos....................	1500
Velarios y sobre la terraza.....	1200
Total.......	21.300

Si se admite una galería con columnas sobre la *summa cavea*, ó si en efecto se permitia subir á la terraza á los que no hallaban asiento en las gradas, la cifra anterior puede ascender á 25,000, número de espectadores que me parece muy probable, conocida la cavidad del edificio. Véase cuán interesante es este dato, añadido á otros inequívocos que ya poseo, para calcular sin grave riesgo la poblacion de Itálica.

V.

Para mí no ofrece duda alguna el número de cuerpos indicado; pero admitido, como no puede menos de ser, dicho número, aun quedan en pié otras cuestiones referentes á este punto y que no debemos omitir en este sitio.

Primera: ¿El cuerpo bajo ahora descubierto, ó *ima cavea*, se halla excavado en la confluencia de varias colinas, ó arranca el muro foral desde el plano de la arena, como se vé en la restauracion propuesta en el plano?... Sabido es que en los teatros construidos por los griegos se aprovechaban siempre del flanco de una colina, la cual era cortada en forma semicircular y con las gradas convenientes. Así se acabó el de Aténas bajo la direccion de los arquitectos Demócrates y Anaxágoras y segun los consejos de Eschilo, temiendo quizá que se repitiese el desastre que nos cuenta Suidas, acaecido en la Olimpiada LXX, á saber: que se hundió el teatro de tablas, al representarse una pieza de Pratinas, y perecieron multitud de personas. A imitacion de este primer teatro de Demócrates y Anaxágoras se construyeron los de Mileto, Efeso, Smirna, Teos, Samnios, Epidauro, Argos, Megalópolis, Esparta, Délfos, Cherona, Egnido, Heraclea, Thales, Laodicea, Patara, Estratónice y otros muchos.—Los romanos no hicieron más que imitar los edificios de esta especie que encontraron al extender su dominacion, y la manera adoptada para construir los teatros, aplicóse tambien á los anfiteatros.

Parece en efecto que se tuvo presente para el de Pompeya, porque segun Breton, el terreno se halla á la altura de la *precincion*, estando por consiguiente la *ima cavea* excavada en el mismo.

A primera vista parece al viajero que en la edificacion del *Anfiteatro de Itálica* se ha observado algo de esto; pues está enclavado entre dos pequeñas colinas y rodeado de tierra hasta más arriba de la *precincion*; pero á poco que se reflexione, se optará por la disposicion que ofrecen mis planos.

Que el *Anfiteatro de Itálica* tuvo muros de cerramiento exterior, no puede dudarse; porque hácia el S., en que el terreno está más bajo que al N., queda dicho terreno inferior al arranque de la *bóveda anular* del segundo cuerpo:

luego este y el tercero tenian muro, pues se levantan sobre el actual suelo. Hay tambien que recordar que, viniendo las aguas de las montañuelas del O. y arrastrando sus arcillas, encontraron siempre, tanto dentro como fuera del *Anfiteatro*, un receptáculo que llenar y un estorbo donde tropezar para dejar las tierras arrastradas; y así es que si sobre la *arena* depositaron la enorme mole de 13.769.m cúbicos, alrededor subieron cuando menos á los 5.m 50 más que en la *arena*, tapando el muro exterior del cuerpo bajo. Ya le reconocimos hasta 2.m 50 y 3.m, habiéndole visto muchas personas, aunque se tapó despues para que no se acabara de arruinar.

Queda sin embargo á la vista del curioso una larga escalera practicada en él, la cual llega más abajo que la *precincion* principal; por lo que como no sea negando la existencia de dicho *muro foral*, no se puede decir que no cerraba completamente el edificio, ni dudar de que en él aparecian de fachada los tres cuerpos, ó que arrancaba todo del plano de las avenidas, que es el mismo de la *arena*. Ni tampoco se concibe cómo tales avenidas podrian estar más bajas que la base de los grandes muros.

Hubieran tenido los moradores de Itálica interés en aprovechar las faldas de las colinas, siendo estas de roca, porque entonces habrian podido vaciar en ellas las gradas; pero dado un terreno donde ninguna ventaja ofrece una construccion que rigurosamente medida, tiene hasta 10.m de bóvedas y muros interiores alrededor del *podio* y en el plano de la *arena*, parece inconcebible que en lo restante del asiento del edificio haya escalones, para que el muro foral resulte disminuido en dos ó tres metros á lo sumo de su altura. Necesario es prevenir á cuantos visitan las *ruinas de Itálica* que el tiempo ha formado aquellas colinas aparentes, desfigurándolas en términos que donde hubo una esplanada con el edificio, han servido los restos de este de corazon ó núcleo á un montículo. Pero esta observacion puede aplicarse á todo el ámbito de la antigua ciudad, sepultada todavia bajo aquellos olivares, donde al menor amago de excavacion aparecen siempre muros y cimientos.

Segunda cuestion: ¿Hubo, además del tercer cuerpo, otro exornado de gradas para los espectadores, ó una galeria cubierta? Cuestion es esta en verdad oscura por extremo y que sólo puede abordarse por medio de suposiciones y conjeturas más ó menos aceptables; pues que faltan ya toda clase de datos positivos para resolverla.

Conocido es sin embargo en el mundo artístico-arqueológico el *Coliseo*; y nadie ignora por tanto que le coronaba un cuerpo cubierto ó galeria anular, sostenida por columnas, donde podian asistir cómodamente cierta clase de espectadores. Conservan tambien otros anfiteatros vestigios de la misma disposicion en órden al último de sus cuerpos; el de Itálica no presenta más indicio que la excesiva latitud de la terraza anular, donde pudo en efecto levantarse con bastante amplitud otro cuerpo ó espaciosa galeria. Esta notable circunstancia y la posibilidad de la construccion nos hacen sospecharlo así; pues no es repugnante que dicha galeria cargase en la segunda de las dos más externas, que dan vuelta al edificio, si las *caveas media* y *summa* llenaban toda la longitud de los *muros normales*. Verdad es que el anfiteatro de Arlés presenta los tres cuerpos, como el nuestro, y luego una terraza tambien muy ancha; pero no lo es tanto que pa-

rezca excesiva, como en el Italicense, ni falta allí algo al edificio para ser perfecto.

Si no fuera aventurado suponer que, habiéndose extraido y llevado á otras regiones tantas columnas de Itálica, algunas de ellas habrian pertenecido al *Anfiteatro*, ó si existiera á dicha alguna referencia histórica sobre este punto, podriamos resolver sin grave exposicion de errar, que tuvo dicha coronacion á semejanza del *Coliseo*; pero no queriendo tomar plaza de ligero, me atengo en este punto á lo indicado por Montfaucon y Martí, aunque nada hallo en realidad que se oponga á la expresada hipótesi, y antes bien hay motivos para admitir dicha galeria sobre la *summa cavea*, sostenida por columnas y cubierta segun arte.

VI.

Los combates eran de tres maneras en los anfiteatros, á saber: los de hombres con hombres, los de solas fieras y los de hombres y fieras.

La primera clase de combates comenzó, segun el testimonio de doctos escritores, hácia el año 490 de Roma, en los funerales, y se ensayó más tarde en los anfiteatros, recibiendo los gladiadores varias denominaciones, segun las diferentes formas de pelear. Asi pues habia *secutores*, *retiarii*, *thraces*, *mirmillones*, *samnites*, *essedari*, *andubales*, *laquarii*, *velites*, *equites*, etc., y todos se ejercitaban en escuelas, formando *familias* bajo la direccion de acreditados maestros. Las armas, los modos de combatir, los edificios donde se adiestraban, y otras circunstancias análogas, se han podido estudiar por fortuna en bajo-relieves y otros monumentos extraidos de las ruinas de Roma, Pompeya y otras ciudades, siendo ya muy conocidas de los doctos.

Respecto del espectáculo de las fieras que luchaban entre sí, ya en las cacerias ó *venaciones*, ya con los hombres (*bestiarii*), eran de varias suertes, lanzándose generalmente á la *arena* leones, panteras, jabalies, perros, lobos, ciervos, gacelas, toros y otros animales más ó menos feroces.

Segun observa Batissier [1], fueron Sila y Escauro los primeros que hicieron lanzar á la *arena* leones y panteras en libertad completa. Pompeyo dió al pueblo romano el espectáculo de un combate de veinte elefantes, cuatrocientas diez panteras y seiscientos leones, y César, deseando emularle en todo, ofreció al mismo pueblo una lucha de cuatrocientos leones y cuarenta elefantes. Para la dedicacion del teatro Marcelo, se mataron ciento sesenta y ocho leones y trescientas panteras; Augusto hizo durante su imperio, que entretuviese la ferocidad del pueblo rey, el combate de tres mil quinientas fieras de toda especie, de lo cual testifica la famosa inscripcion de Ancyra. Segun Eutropio, cinco mil, y segun Dion Casio, nueve mil fieras perecieron en la inauguracion del anfiteatro de Tito ó el *Coliseo*. En los juegos célebres del tiempo de Trajano se mataron once mil para celebrar la derrota de los Partos; y si se ha de dar fé á Vopisco, mandó Probo plantar un bosque en medio de la *arena* con rocas y mon-

1 *Arte monumental*, pág. 291.

tañas artificiales, é hizo despues arrojar á él multitud de animales, entre los que habia más de mil avestruces, más de mil ciervos y más de mil jabalies.»
Hasta aquí Batissier; mas siendo los toros animales tan á propósito para los juegos, nada tiene de particular que los *munerarii*, *muneratores* ó *editores* de los de Itálica prefiriesen las del pais, si bien no les seria tan dispendioso el trasporte de fieras africanas, como á los de las otras provincias del Imperio. Por esto he aludido á los toros en el texto de la Memoria, opinion que tambien emiten el Padre Ceballos y otros escritores.

VII.

Esto no prueba sólo que el pueblo se sentaba en el Anfiteatro, sin distincion ninguna, sino que mayormente demuestra la excesiva aficion que tenian los romanos á los juegos de la *arena*. Cuentan los autores clásicos en muchos pasajes de sus historias los tumultos ocasionados por el pueblo, deseoso de asistir á aquellas sangrientas fiestas, que duraban crecido número de horas, sin saciarle jamás, sediento de combates. Pero lo que más elocuentemente patentiza el amor á tales espectáculos, son los innumerables anfiteatros que en el trascurso de trescientos cincuenta años se erigieron en todo el mundo civilizado, á pesar de sus enormes masas y costosas construcciones.

Ha llegado hasta nuestros dias noticia de los siguientes: en Italia y Sicilia los de Abella, Alba Fucense, Amiterno, Ancona, Aretio ó Arezzo, Asisio ó Asís, Brixia, Cápua, Casino, Firmio, Florencia, Fusino, Hatria, Hispelo, Interpronio, Luca, Lucoferonia, Luna, Minturno, Otricoli, Pesto, Parma, Pola, Pompeya, Prenesto, Puteoli ó Puzzoli, Rímini, Salona, Sutrio, Túsculo, Voleya, Vélitre, Venisia ó Venecia, Verona, Volterra, Volsi, Urbs Salvia y otros.

En Francia: los de Agen, Angers, Arlés, Bavay, Beziers, Burdeos, Cormier, Nimes, Limoges, Orange, Perigüeux ó Vesuna, Reims, Saint Michel de Touch, Tolosa y Viena.

En Suiza: los de la antigua *Augusta*, *Rairsacorum* y *Aventico*.—*Caralis*, en la isla de Cerdeña, tenia otro anfiteatro.

En África se conocen los de Batna y Biscara, los de Cartago, *Lambaesis Selecta*, *Thysdrus*, Alejandria y Berenice.

En la Grecia y en el Asia menor habia los de Antioquia, Aspendo, Bizancio, Corinto, Cyzico, Gerasa, Heraclea, Kanawat en Palestina, Pérgamo, Tolemaida, Sicyon, Smyrna y otros.

Tiénese tambien conocimiento, por referencia á autores é inscripciones, de los anfiteatros de Auxino, Aucio, Bononia ó Bolonia, Fidene, Mutina, Neapólis ó Nápoles, Peltuino, Telesia, Tibur, Mileto, Nicea, Philipolis, Thasos, Sagalaso y Torsos, con otros varios, pues puede asegurarse que no habia ciudad importante que careciese de tan suntuosos edificios.

En cuanto á nuestra España se han reconocido indudables vestigios de ellos en Asinipo, Barcelona, Bolonia ó Villavieja en la provincia de Cádiz, Calagurris ó Calahorra, Cartagena, Córdoba, Clunia ó Coruña del Conde, Emérita ó Mérida, Gades ó Cádiz, Sevilla (*Hispalis*), Segóbriga ó Cabeza del Griego, Tarragona y Toledo. De estos algunos se conservan bastantemente, y otros, como

el último, apenas pueden apreciarse como tales anfiteatros.—El de Itálica, conforme á las proporciones que dejamos reconocidas, cobra tal importancia, que aparece ya en primer lugar entre todos.

VIII.

El anfiteatro más antiguo de Roma, segun Plinio, se remonta al tiempo de Julio César. Hízolo construir Cayo Escribonio Curion para celebrar los funerales de su padre, y era de madera formando dos teatros, *amphi-theatros*, muy extensos, unidos entre sí y giratorios sobre un eje. Por la mañana, y durante las representaciones cómicas, permanecian las dos partes adheridas ó yuxtapuestas, de suerte que presentasen á la vista los dos teatros, uniéndose de repente por los dos diámetros, que confundiéndose en uno, formaban el anfiteatro, donde combatian los gladiadores.

Mandó César más adelante construir un edificio de madera, semejante á los dos teatros de Curion. Segun Tácito [1], un ciudadano llamado Atilio construyó en Fidene un anfiteatro de madera; pero se hundió, como el teatro de Aténas, de que habla Suidas, produciendo al desplomarse tal estrago, que más de cincuenta mil personas fueron muertas ó heridas. Movió semejante catástrofe á Estatilio Escauro, amigo de Augusto, á que levantara en el campo de Marte y dedicase al César el primer anfiteatro de fábrica que dejamos en el texto mencionado. Fué este edificio presa de las llamas en tiempo de Neron, y restaurado y demolido más adelante, como observa Batissier [2].

Hicieron los emperadores merced á la Ciudad Eterna de otros anfiteatros, cuyas ruinas aun se conservan; pero el más suntuoso de aquella gran metrópoli y de todo el mundo romano es el apellidado *Coliseo*, por sus proporciones verdaderamente colosales.

Ninguno le excedió en hermosura, riqueza y magnitud; y á pesar de su inmensa mole fué terminado, segun autores auténticos, en el espacio de dos años y nueve meses, lo que aun teniendo en cuenta los poderosos recursos de Roma, pareceria inverosimil, á no haber visto que otro emperador contemporáneo acaba de realizar en casi el mismo ó menos tiempo las tres cuartas partes del palacio más gigantesco quizá que posee Europa. Sábese que el *Coliseo* lo empezó Vespasiano y lo acabó Tito, quien celebró su dedicatoria en el año 87 de la Era cristiana.

Supónese en este período de Flavio Vespasiano y Tito la fundacion de muchos anfiteatros. Créese en efecto que el de Nimes se erigió en esos reinados, aunque no falta quien lo atribuya á Agripa ó á los Antoninos. Seganio opina que el de Verona se debe á Maximiano, aunque algunos lo remontan á Augusto. El de Burdeos, llamado *Palacio de Galiano* ó *Palais Galiene*, fué construido en 257, siendo Tirico, senador romano, gobernador de la Aquitania. El de Lyon

1 *Hist.*, l. II, cap. II.
2 *Arte Monumental*, pág. 288.

le atribuyen los franceses al emperador Claudio. Nardini [1] cita un anfiteatro de Trajano, de forma circular y construido en Roma sobre el campo de Marte, edificio que se destruyó en tiempo de Adriano.

Á estos dos Césares atribuyen casi todos nuestros escritores la fundacion del de Itálica. Cean Bermudez, Ceballos, Matute y el autor anónimo del MS. del señor Diez aparecen conformes en este punto.

No siendo Itálica cabeza de provincia ¿cómo se atrevió á emprender obra tan inmensa, y que debió competir con las mejores de la Bética, y aun de las dos Españas? ¿No se explica esto por el favor especial de uno de los emperadores cuyas «cunas de marfil y oro rodaron» en su recinto? La hipótesi parece fundada, y aceptándola como tal, no seria descaminado el atribuir á Trajano la iniciativa, concediendo la honra de concluir el Anfiteatro á Adriano el *Arquitecto*, como él mismo se apellidaba, si no fuesen obstáculo á esta conclusion las varias construcciones que en el edificio notamos.

De advertir es por otra parte que como Itálica no fué ciudad principal, porque en ella nacieran emperadores, sino que allí *rodaron sus cunas* porque ya era principal, nada tiene de extraño que llevada del impulso de su propia grandeza y émula de las colonias *patricia* y *romulea*, capitales de los conventos cordubense é hispalense, pusiera los cimientos al edificio en cuestion despues de Flavio y Tito, aunque Trajano le diese el principal impulso y Adriano acabase suntuosamente la *summa cavea*. Esta induccion parece tanto más juiciosa y aceptable, cuanto que la obra no se llevó á cabo con la rapidez que la del famoso *Coliseo* de Roma, lo cual hubiera sin duda sucedido á ser su construccion iniciada por cualquiera de los dos Césares.

IX.

He recordado al comenzar esta Memoria las palabras de Martí, reproducidas por Montfaucon, respecto de la destruccion del *Anfiteatro Italicense* ordenada por los magistrados de Sevilla.—El mismo Martí en la carta á Maffei, tambien citada oportunamente [2], declara que «*hoy* [en 1711] *se rinde* [la mole del Anfiteatro] *á más rústicas y feroces fuerzas con menos urgente necesidad, y cada »dia vemos echadas por tierra enormes masas para construir miserables al»bergues*».

El MS. de don Jorge Diez, repetidamente citado, dice al propósito:—«*No han »contribuido poco á su total ruina* [la del Anfiteatro] *algunas obras que se han »hecho en su cercana ciudad de Sevilla, como fué el Patin de las Damas, la »de la calzada de Castilleja, que no existe, y finalmente otra que se intentó en »el rio por los años de 1788, en que á no haberse opuesto y suplicado con la ma»yor eficacia la venerable comunidad de San Isidro (cuyo territorio posee), creo »no hubieran dejado señal de Amphiteatro: pues habiendo pedido algunos mate»riales para dicho fin, y (por buena política ó temerosos por obviar otras re»sultas) concedidos y señalados sitios donde las ruinas eran separadas del Am-*



1 Libro VI.
2 Epíst. lib. IX. Ep. 4.

»phiteatro, se atrevieron á tocar en él, á cuyo tiempo y antes que pasaran ade-»lante, dicha comunidad, como tan celosa de su conservacion, hizo presente al »Asistente lo mal que le habian informado los Alarifes y el daño que iban á »ejecutar, atropellando las órdenes del señalamiento que se les habia hecho; y »dicho señor, mejor informado del celo y buen gusto de la comunidad, man-»dó suspender dicha órden.»

Á las obras de Castilleja de la Cuesta, de que habla el citado MS., debe referirse sin duda la queja que elevó el diligente Bruna al conde del Águila en forma de oficio, la cual de su puño y letra se conserva en el archivo municipal de Sevilla [1], y dice así:

«Amigo mio: se me olvidó decir á V. S. esta mañana que hé sabido ahora es-»tan desbaratando el Anfiteatro de Itálica y trayendo los argamasones para la »obra de la cuesta de Castilleja, cosa que me ha admirado y que nos dará una »fama de bárbaros, en lugar de conservarlo como merece y que fueramos todos »á colocar sus ruinas con las piedras al hombro. Precisamente V. S. no lo ha-»brá sabido y yo se lo aviso, por el dolor que tengo de este destrozo, por si es-»tuviese en tiempo de remediarlo. Mande V. S. á su fiel amigo Bruna.—Ju-»nio 18» (1771).

Alude tambien á esto el Padre Ceballos, de cuyo MS. poseemos copia, cuando hablando del *Anfiteatro*, apunta que *en algunas obras públicas que se han hecho en Sevilla, se arbitró el medio de llevar materiales de las ruinas de Itálica, y ha sido necesario que el Monasterio haya sacado provision de la Real Audiencia para impedir el derribo de las pocas antigüedades que restan.*

Cean Bermudez [2], hablando de la magnificencia de Itálica dice: «*Todo desa-»pareció* y apenas ha quedado una idea de lo que fué. Con sus materiales se »construyeron muchos edificios modernos en los pueblos de Aljárafe, el camino »real que vá de Sevilla á Badajoz y pasa muy cerca del Anfiteatro, en el que yo »ví trozos de cornisas y pedestales convertidos en guarda ruedas. Se adornó la »iglesia de los padres Gerónimos, parroquia de Santiponce... etc., etc.»

¿Pero á qué citar más dolorosos testimonios de las persecuciones ejercidas en este desventurado edificio?... Conocidos son ya los publicados por Matute, Ponz, Cortina y otros muchos que han escrito del Anfiteatro, *despedazado* ya en tiempo de los poetas Rodrigo Caro, Rioja y Quirós, á pesar de la *integridad* y *hermosura*, que segun Martí, conservaba aun antes de que le acometiesen con picos, barrenos y pólvora los magistrados de Sevilla; siendo ya tarea por demás enojosa el enumerar todas las vandálicas embestidas que el monumento ha padecido en los pasados siglos, segun el dicho de los historiadores. Y seria todavia más doloroso para mí el hablar de épocas cercanas, cuando hasta en medio de las presentes excavaciones ha sido necesario revocar por medio de un edicto, merced á la ilustracion del administrador de Bienes Nacionales de la provincia, otro del alcalde, en que se sacaba á pública subasta el arriendo de la *arena*, para sembrarla, como tantas veces la hemos visto. Ni conviene detenerse sobre cosas tan indignas de españoles.

1 Apéndices del Archivo del Ayuntamiento, núm. 4.
2 *Sumario de las antigüedades romanas*, pág. 281.

X.

Hay por desgracia, lo mismo en España que en todas las naciones, muchas personas que aspiran al título de ilustradas, para quienes es supérfluo y aun reprensible todo gasto que se haga en la conservacion y restauracion de los monumentos, fundándose tal vez en que las cárceles, las escuelas, los hospitales y toda clase de edificios públicos reclaman con mayor urgencia la consideracion del Gobierno. No seré yo quien desconozca esta necesidad por lo que á España toca; pues que habiendo dirigido, como arquitecto provincial, las obras civiles de Sevilla durante algunos años, he tenido sobradas ocasiones para ver de cerca la penuria de los pueblos y aun el conflicto del Estado en asunto tan vital é importante. El singular desinterés, con que procuré inaugurar las obras referidas, prueba además cuán sinceros han sido mis deseos por el fomento de aquellos establecimientos públicos, no teniendo por tanto necesidad de apoyar en ingeniosos razonamientos lo que he demostrado con los hechos.

Pero por más necesarias que sean las obras públicas en el sentido indicado, no disminuirá el interés que inspiran en todos los pueblos civilizados los monumentos de la antigüedad; y cuando por las vicisitudes ya reconocidas se sabe perfectamente que no admite plazo dilatorio un edificio, como el *Anfiteatro* de Itálica, que desaparece rápidamente á nuestra vista, mengua seria de la generacion actual el no acudir á su conservacion en sazon oportuna. Arrancado el último frogon de las entrañas de la tierra, como ha sucedido con el *Foro* de la misma Itálica y con otros edificios, no será ya tiempo de repararlo, por muy próspera que se suponga entonces la suerte de la nacion, y por mucho que se haya esta enriquecido, merced á las vias fluviales, á los caminos de hierro y demás elementos de progreso, ensayados en nuestros dias.

Verdad es que con tal de alcanzar el objeto inmediato, nada ó muy poco importa á los deslumbrados negociadores de nuestros dias la suerte ni la conservacion de los monumentos, cualquiera que sea su importancia y la época artística á que pertenezcan. Pero ¿es acaso rémora de las mejoras materiales el respeto dignamente tributado á esos mudos testigos de otras civilizaciones y gloriosos timbres de nuestra pasada grandeza? ¿Ó es que se teme acaso la comparacion de las fábricas, en otro tiempo erigidas, con las levantadas en nuestros dias, porque hemos de salir malparados ó vencidos?

¡Desdichado el pueblo que, esquivando así la comparacion, borra sus títulos de nobleza y rompe sus tradiciones históricas! Ese pueblo seria el escarnio del mundo civilizado é indigno de figurar al lado de otras naciones, que no omiten diligencia ni cuidado en la conservacion de sus monumentos arqueológicos. Sin pasar de la vecina Francia, y en esto es necesario alejar de nosotros toda prevencion nacional, tenemos mucho que aprender y no poco de que arrepentirnos; porque allí lejos de *desbaratarse* los anfiteatros, como decia el ilustrado Bruna, se restauran *llevando las piedras á los hombros*.

Prescindiendo del de Nimes que se ha conservado perfectamente, no será fuera de propósito el recordar lo que consigna la *Revista de arquitectura y obras públicas*, en su tomo VI, pág. 381, hablando del anfiteatro de Arlés:

«Le gouvernement (escribe) ayant compris qu'un monument de cette importan-
»ce ne devait pas rester exposé à se ruiner, pour réparer les nombreuses mutila-
»tions que lui avaient fait subir ses habitants pendant plusieurs siècles, proposa
»aux Chambres, en 1845, un projet de consolidation et de blagement, montant à
»420,000 fr. qui fut aprouvés et autorisé par la loi des 22 juin 1845. Cet projet
»est aujourdhui en voie d'execution, et des travaux assez importans ont eté
»executés dans le derniers mois de 1845 et dans le courant de 1846.»

Prosigue la *Revista* hablando del órden de los trabajos, ejecutados bajo la direccion del arquitecto Mr. Questel, y ofrece una noticia muy exacta del monumento. No necesitamos nosotros por fortuna para acudir á la conservacion de nuestro Anfiteatro gastar la respetable suma de 420,000 francos: la cifra á que podrian elevarse los gastos, necesarios para precaverlo de próxima ruina, no pasaria tal vez de la siguiente fórmula. Si se quiere limpiar por completo:

Excavaciones, 62,738 metros cúbicos, á 3 rs.............	188,214	00
Reparaciones con hormigon, 200 metros cúbicos á 40 rs ..	12,000	00
Cerca de vallado y seto, 400 metros lins. á 10 rs. ms......	4,000	00
Una casa para el guarda..................................	2,000	00
	206,214	

Limpiando sólo lo más interesante, como indicamos en la primera nota:

	Metros cúbicos.	Centímets. cúbs.
Excavaciones..	55.614	00
Reparaciones con hormigon	12.000	00
Una empalizada alrededor en vez de cerca...........	8.000	00
La casa del guarda.................................	2.000	00
	77.614	00

XI.

NOTA ADICIONAL.

Mientras se disponia la impresion de esta Memoria y el grabado de los planos que la ilustran, se han proseguido las excavaciones en el Anfiteatro respecto de su lado Norte, abarcando una cuarta parte de su elipse media, ó séase el cuadrante N. E. Hácia el E. se han descubierto dos de las puertas del *podio*, mejor conservadas que las correspondientes del medio Anfiteatro S. Se ha limpiado una de las bóvedas de avenida, que iba á parar á una de las expresadas puertas, y en su parte más baja se han encontrado los paramentos de silleria en buen estado de conservacion.

En este tiempo, y con los fondos concedidos por la Diputacion provincial, se ha limpiado la gran Cámara del N., igual en todos conceptos á la del S. antes descubierta, pues sólo las diferencia el estar más ó menos destruidas, segun á una y otra ha cabido en suerte. La CÁMARA del extremo N. del eje menor de al *arena* tiene mejor conservadas que la del S. las escaleras, algunos muros y

el nicho, que está casi entero; y cuando se descubrió conservaba el agujero del perno en que se aseguraba la estátua, dando testimonio de su presencia en aquel sitio. En cambio la bóveda de esta última cámara se halla en el estado más lastimoso, pues sólo se sustenta en un trozo de hormigon muy pequeño, cuya destruccion dará en tierra con tan hermosa parte del monumento. Al N. E. se ha descubierto y limpiado gran parte de una bóveda que en direccion normal se dirige á la anular del *podio*: tiene sus muros en la parte que ha estado enterrada perfectamente conservados, pues aun no se han arrancado de allí los sillares, como ha sucedido con la parte más alta de estos muros y del resto del edificio. Al N. O. tambien se ha descubierto otra bóveda, la cual es en verdad notable, porque aparece del todo semejante á la que cubria la extremidad de la avenida que dá hoy paso al Anfiteatro al S. E. del mismo. Ni deja su construccion de tener interés, porque se compone de dos cañones en subida y bajada, encontrándose en la parte superior de ambos, donde habia un rompimiento para recibir la luz.

Se ha practicado tambien una excavacion en la avenida N. S., de que acabo de hacer mencion, trabajo que no ha producido los resultados que esperaba; porque desde tiempos remotos se viene sacando sillares de esta parte del edificio, como de la más útil y cómoda cantera. Con la misma solicitud se han extraido todos los escombros, que llenaban la cuarta parte de las gradas de la *ima cavea* desde E. á N., ó séase todo este cuadrante, y se prosigue la limpieza de todo el Anfiteatro y de las bóvedas más importantes de la semielipse N.

Pero no limitándose ya las excavaciones á este monumento, se han trazado líneas exploratorias para descubrir las murallas de la ciudad en el perímetro de tres kilómetros, reconociéndose perfectamente dicho perímetro, del cual he levantado el conveniente plano, que sujeto á escala y oportunamente ilustrado, saldrá en breve á luz pública para que pueda servir de guia á los curiosos que visitan las *Ruinas*.

Cuán grande sea el paso que con semejante descubrimiento se haya dado para ilustrar la historia de Itálica, no puede ocultarse á la Real Academia, pues ya puede asegurarse que poseemos la base principal de los estudios arqueológicos relativos á la infortunada ciudad, cuya magnitud é importancia han sido hasta ahora otros tantos problemas de no conocidas premisas. Al cantar ya los poetas las ruinas de la ciudad que há tantos siglos dejó de existir, no será lícito lanzar la imaginacion sobre los espacios indefinidos de aquellas colinas, comparando á la patria de los Trajanos y Teodosios con la metrópoli del Tíber. Pero si se desvanece esta ilusion, recobra en cambio su poder la realidad, que no tiene menor encanto para los historiadores; y puede hasta cierto punto decirse que hoy se alza Itálica, si bien cubierta de un velo funerario, de la tumba de los siglos, donde yacia.

Las excavaciones que llevo realizadas, no han dado aun por resultado el hallazgo de lápidas, estátuas y demás objetos menudos, que aun deben esconderse en las entrañas de aquellos *mústios collados* y *campos de soledad*; porque ni un sólo momento me he dejado llevar de la tentacion de proceder á la ventura, destrozando sin órden ni concierto alguno, cuanto pudiera hallar al paso, á trueque de satisfacer la curiosidad ó el capricho de los pesquisidores de pequeñas vagatelas arqueológicas. Aprecio y respeto como el que más la verdadera importancia

de los descubrimientos numismáticos; no desconozco cuánta seria la luz que podria suministrarme para el propósito de historiar y describir á Itálica el feliz hallazgo de una lápida ú otro monumento de este género; nadie me venceria en entusiasmo como artista, si tropezara por fortuna con una estátua ó un fragmento el más insignificante, con tal que se revelase en él cualquiera época del arte, ya en su apogeo, ya en su decadencia. Pero antes de lanzarme á remover al acaso aquel tantas veces profanado suelo; antes de darme á rebuscar menudos objetos, que si alguna vez pueden ser verdaderamente útiles para la arqueologia, ofrecen las más insignificantes reproducciones rutinarias de esas que ya no tienen valor ni aun entre los aficionados, por lo mismo que por todas partes abundan,—hé juzgado digno de la confianza en mí depositada el dirigir mis esfuerzos á un propósito realmente útil y de antemano preconcebido; pues no de otro modo me hubiera sido lícito aprovechar, en bien de la ciencia, la generosa proteccion que ha dispensado y dispensa á estos difíciles trabajos la ilustrada Diputacion provincial de Sevilla.

Resolver puntos dudosos y de la mayor importancia para la historia de Itálica y describir sus principales monumentos, reconocerla por entero..., tal ha sido el fin que me he propuesto, al emprender todas y cada una de las excavaciones hasta ahora practicadas, y no otro será el objeto de las que sucesivamente se emprendan bajo mi direccion y cuidado.

La Real Academia de la Historia, lo mismo que todos los hombres entendidos en la verdadera arqueologia monumental, tienen en este trabajo sobre el Anfiteatro de Itálica modesta prueba del buen deseo, ya que no del acierto, con que he procedido y de si las sumas empleadas en su estudio satisfacen al propósito para que fueron destinadas. Ojalá fuera posible disponer del presupuesto antes indicado, para el descubrimiento y limpieza total del monumento!


El ya referido plano de Itálica, donde aparecerá la ciudad en toda su extension, con su verdadera forma, con la implantacion de cada uno de sus principales edificios, con su acrópolis y necrópolis, con sus murallas, y en suma con cuanto puede á primera vista interesar aun á los más ajenos á los estudios históricos, dado á luz en breve, responderá sin duda á los deseos de los más exigentes, y les persuadirá al propio tiempo de si la escasa cantidad que para obtenerle se ha invertido, ha sido ó no empleada con acierto, y dirigidas á buen camino las excavaciones.


Conveniente me parece repetirlo: hasta ahora no me es dado presentar una de aquellas largas listas de objetos que por lo general han sido fruto en nuestro suelo de este linaje de tareas. En vez de una ó más docenas de bronces grandes ó medianos; en vez de algunos estiletes, trozos de barro cocido, candiles mutilados, y lápidas mortuorias, que las más veces no nos dicen sino que hubo un Flavio ó una Valerina de corta ó larga vida, he preferido presentar estudiados los edificios de Itálica, así en su conjunto como sus más pequeños pormenores. Más de una lápida no desprovista de interés, trozos notables en arquitectura y en estatuaria hallados en los trabajos practicados bajo mis órdenes, acreditan sin embargo que no en balde se remueven aquellas tierras, á pesar de hallarse grandemente esquilmadas por los infatigables rebuscadores de todos los tiempos.

No pocos dias y jornales se emplearon tambien en el estudio de los sepulcros hallados en uno de los cementerios de la antigua poblacion; y en este punto juz-

go no haber dejado que desear á los más ardientes investigadores, dándoles cumplida ocasion para ejercitar su erudicion histórica y su dialéctica, á fin de probar multitud de proposiciones, que sobre la antigüedad, carácter y demás circunstancias de los sepulcros se asentaron al descubrirse, pareciéndome oportuno recomendar desde luego á la Real Academia la razonada, aunque breve, memoria que sobre dichos sepulcros y sus osamentas piensa dar al público el doctor en medicina, don Manuel Pizarro. Ni llevará á mal tampoco tan ilustre Cuerpo el que me atreva á indicar en este sitio, que ocupándome actualmente en el estudio de otros sepulcros descubiertos en los jardines del Palacio de San Telmo, propiedad de SS. AA. RR. los serenísimos señores Infantes Duques de Montpensier, remito á este trabajo el consignar mis observaciones sobre los sepulcros de Itálica, sin perjuicio de que tengan tambien lugar en la obra que sobre aquella ciudad preparo.

Tal es el resultado de las nuevas excavaciones realizadas en el Anfiteatro y ensayadas en los puntos más interesantes de Itálica. Al terminar estos apuntes, vuelvo á llamar la atencion de la Real Academia de la Historia y de todos los hombres doctos sobre el mérito contraido hasta ahora por la Diputacion arqueológica, cuyos entendidos individuos no cesan de pedir recursos para llevar á cabo las excavaciones; sobre el noble celo de la Comision provincial de Monumentos de Sevilla, que lejos de poner obstáculo alguno á mis humildes instrucciones, las secunda y autoriza, dándoles su aprobacion más lata y decidida, y sobre la meritoria y generosa conducta de la Diputacion provincial, que aun en medio de otras obligaciones no menos perentorias, ha mostrado su ilustracion y el hidalgo anhelo que le inspiran las glorias de la antigua Bética, no retirando su mano de los trabajos, emprendidos y llevados á cabo, ya que no con total acierto, al menos con no escasa fortuna.


ANFITEATRO DE ITALICA
del terreno
Linea del terre
CORTE LONGITUDINAL POR E.O.- PARTE SUR
(La parte de tinta negra indic lo existente y la roja lo restaurado)
1 2 3 4 5 6 7 8 9 10 20 30 40 50 60 70
Escala de 0,005 por Metro para dichoorte longitudinal y para el perfil.


CORTE LONGITUDIN POR E.O. PARTE SUR
(La parte de tinta negra indi existente y la roja lo restaurado)
2 3 4 5 6 7 8 9 10 20 30 50 60 70 80 Metros.
Escala de 0,005 por Metro para dcorte longitudinal y para el perfil.
EXPLICACION.
PLANTA.
A Arena.
B 10 Avenidas á la arena y á la ima cavea.
C 4 Escaleras para dicha cavea.
D 12 Puertas en el podio para salir á la arena.
E Podio.
F 1ª bóveda anular del podio, desconocida en su interior.
G 2ª bóveda anular.
H Departamentos de N y S. para descanso de los magistrados
J 3ª y 4ª bóvedas anulares, de las que se conoce la 3ª.
K 10 Avenidas que se conocen en el 2º cuerpo.
L Cuneos formados por muros normales á la elipse.
EXPLICACION.
PLANTA.
M Escaleras practicadas entre dichos muros para el 2º cuerpo.
N 5ª y 6ª bóvedas anulares deducidas de varios datos.
O 10 puertas para uso del pueblo.
P Escaleras practicadas en el interior del muro foral para subir á
Q Terraza anular de los velarios.
R 4 lugares para los designatores en la prima cavea.
S Grupos de gradas mas altas que las demas.
X 4 vomitorios de la ima cavea.
V 16 vomitorios en cada cuerpo ó cavea.
Y 16 escaleras para uso de los espectadores.
Z 1ª 2ª y 3ª presincion.
PLANTA DEL 2º CUERPO.
PLANTA DEL 3º CUERPO.
O
E
Presincion pral.
1ª Presincion
Podio



DETALLE T DEL PERFIL N. S. (Vease su parte correspondiente)
Arena
Arena
PLANTA BAJA
PLANTA GENERAL
S
Escala de la Planta
Metros
Escala de 0,015 por Mº para el detalle
Metros
(Vease el detalle de esta parte) en el perfil T.
PERFIL POR EL EXTREMO N. O POR EL S.
PLANTAS, SECCION Y DETALLES DEL MISMO.
Lit. de J. DONON, Madrid